La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 15 de febrero de 1892 — Núm. 529



EN EL BAILE DE MÁSCARAS, dibujo de A. Robaudi

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el primer tomo de la importante obra «AMÉRICA. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos» profusamente ilustrada. El suscriptor á cuyas manos no llegase deberá reclamarlo al respectivo corresponsal ó repartidor.

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Muerte del duque de Clarence en Inglaterra. - Su novia. - Tristezas del alma. - El nuevo soldán egipcio. - Estado de Portugal. - Su nuevo ministro de Hacienda Oliveira Martins, como pensador y como político. - Pero basta de política. - Festividades religiosas del mes corriente. - La Candelaria. - Culto universal á la luz. - Reflexiones. - Conclusión.

I

Una bien triste nota debe comenzar estas líneas: el trágico suceso, catástrofe inesperada, en el palacio de los príncipes de Gales ¡ay! sobrevenida, la muerte del duque de Clarence, primogénito de los herederos del trono de Inglaterra y nieto predilectísimo de la reina Victoria. La muerte no perderá jamás el carácter igualitario que la distingue. Todo se iguala en su silencio, todo en su obscuridad, todo en su frío, todo en su olvido. A muchos que la piden y la desean con anhelo é impaciencia, no los oye la implacable, y á otros que se creen inmortales en su juventud y en su felicidad, les clava el aguijón oculto entre la florida corona de sus ilusiones y de sus esperanzas. Parece que las inquietudes consiguientes á la pobreza, que las hambres y las angustias del desvalido, que la horrible miseria debían acabar muy pronto con sus víctimas; y mientras en las cloacas sociales, donde se amontonan tantos miasmas devastadores, la vida perdura mucho, se acaba pronto en las alturas, como en el enrarecido aire allá por las capas superiores de nuestra terrestre atmósfera sobreviene la irremediable asfixia. Juventud, riqueza, honor, posición vertiginosa por lo alta, homenajes del mundo, segura confianza en heredar una corona que lleva engarzadas las Indias en su amplio círculo y de ver desde un trono eminentísimo doscientos millones de hombres sujetos por los lazos de las leyes; todo esto reunía el malogrado á los veintisiete años, todo lo que llamamos en el habla corriente dichas y venturas. Pero lo más interesante de todo en él, aquello que ciñe de sublime belleza la temprana muerte suya, es el haberle sobrecogido el fin prematuro en pleno amor y en próxima boda, de los cuales únicamente había requerido su corazón las dulces y divinas satisfacciones del amor. La cama imperial convertida en tumba fría, el epitalamio de la boda en salmo funeral, el gorjeo de las caricias en estertores, el velo de la novia en lutos de una virginal viudez, la verbena y el azahar en ramas de sauces y en corona de cipreses, tal trágico aspecto dan á este suceso, que lo creeríais un auto sacramental representado por el amor y por la muerte. Muchos siglos han pasado desde que las poéticas antiguas declaraban indigno del estro verdaderamente trágico todo aquel dolor que no fuera el dolor de las gentes y de las familias coronadas. Así, rey Edipo, semidiós Prometeo, hijas de dioses Elena é Ifigenia, hijos de reyes Eteocles y Polinice. Pues algo análogo acaece con esta muerte; porque hiere á los reyes la ven todos más: que está muy alta. El pueblo de Londres viste luto, los espectáculos públicos están suspensos, las banderas nacionales toman colocadas á media asta el aire de sudarios, la campana mayor de San Pablo tañe por un excepcional difunto, y todos los súbditos de la reina Victoria mezclan sus lágrimas con las que vierte la infeliz mujer condenada por su longevidad á sentir el más acerbo de todos los dolores, el de sobrevivir y heredar á los que debieran sobrevivirla y heredarla. No obstante los muchos nietos que la reina Victoria cuenta esparcidos por el mundo, en Alemania, en Grecia, en otras partes, amaba sobre todos al que primero le trajo una esperanza tan halagüeña para los jefes de dinastía como aquélla de perpetuar su regia estirpe. Mas aún apena y adolora más la joven princesa, toda ternura y virtud, que ha encontrado, cuando se probaba su velo de novia y corona de azahar al espejo, como la Julieta de Shakespeare, el nido nupcial trocado en panteón de muerte y el tálamo de amor en frío sepulcro. *Sunt lacrimæ rerum*.

II

Hablando de Inglaterra, no daremos un salto muy grande si hablamos también de Egipto, parte casi de su imperio. El nuevo jedive, que debe nominal y honorariamente representar en las orillas del Nilo una sombra como la triste autoridad política del sultán y servir á un poder tan efectivo y verdadero como el poder de Inglaterra, partióse á su imaginario trono, en cuanto lo reclamó con apremio la potencia protectora y le dió formulario pasaporte la Sublime Puerta. Joven, muy joven, educado en cultura tan alta como la cultura del centro de nuestra Europa, verdadero petimetre parisiense, Abbas encontrará los pobres fellahs, que pertenecen á una especie de mundo inferior, tan dignos de lástima, como encontraba y veía Pedro el Grande, tan ducho en cultura occidental, á los mujichs que Dios le diera por vasallos. El desequilibrio intelectual entre un soberano absoluto y un pueblo siervo trae consigo una grandísima y triste agravación de las enfermedades antiguas arriba y abajo. ¡Ay de aquellos que ni se adelantan á ser libres ni se resignan á ser esclavos! Y sugiérenos esta observación tristísima, no solamente la crisis que vemos en Egipto, la crisis que vemos en Portugal. Se fué aquel ministerio de conciliación, donde aparecían sumadas todas las fuerzas monárquicas que se juzgaban capaces de salvar el Estado presente, y vino un ministerio colindante con la República por lo avanzado. Ferreira, su presidente, se ha desasido siempre de la organización oficial revestida por los partidos militantes, y ha representado aquella tendencia muy válida en la Europa contemporánea, que propende á convertir la monarquía en el áncora y seguro necesarios á los nuevos principios. Bastante demócrata para dejar de volver al seno de la libertad, muy disminuída en los últimos tiempos y ahora muy cercana de nuevo á tomar su justo nivel, y bastante monárquico para no arriesgarse á tristes aventuras constituyentes que lo desorganizarían todo sin ocurrir á la satisfacción de necesidad ninguna, este hombre de bien, hombre al mismo tiempo de verdadero entendimiento, abrirá sin restricciones el suelo patrio á los emigrados y restablecerá en su integridad esencial y en su totalidad intangible todos los cercenados derechos. Pero esto no resulta lo indispensable de cuanto hay que hacer allí, porque se hace todo esto por sí ello con la fuerza propia de todo progresivo pensamiento. Lo que resulta indeclinable hoy es la rápida solución del problema económico, más complicado que todos los problemas políticos, en los cuales hemos ido poco á poco procediendo de suerte que nos encontramos ya en la suprema ecuación entre los derechos del hombre y los derechos de la sociedad. A escuchar este agudo grito de la conciencia pública y á satisfacer esta incontrastable aspiración del espíritu popular ha venido desde su apartada biblioteca el hombre conspicuo y eximio á quien acaba de confiar Portugal su cartera de Hacienda, Oliveira Martins. No tiene inteligencia superior á la suya hoy nuestra península. Escritor muy estilista y filósofo muy profundo, ha elevado monumentos á la común tierra y á la común historia, es decir, al tiempo y al espacio donde se han movido nuestros dos pueblos, que constituyen un título de gloria para él y un motivo de gratitud á él en todos los iberos de los dos Estados peninsulares. Pero tiene como sombras en el cuadro espléndido de su luminosa inteligencia una nota pesimista, un sabor de socialismo, una convicción tan profunda é íntima del carácter poético y fantástico de toda propensión al desarme y á la paz perpetua, que creo cosa dificultosísima para él conducir á término y sacar á flote un gran presupuesto bajo la obsesión hipnótica de tantos espíritus maléficos. Como yo creo en Dios y no he aceptado el positivismo á la moda, enderezo á Dios mi pensamiento y le pido prospere al gran pensador, lleno de honradez, y salve al pueblo lusitano, quien no encontrará ningún otro mejor á quien librar su Hacienda.

III

Pero todo esto huele á política que trasciende. Hablemos de ciencia, de letras, de filosofía, de arte, de todo aquello que atañe á nuestras revistas. La festividad por excelencia del mes corriente, la celebrada el 2 de febrero, es la Purificación de María, ó sea la Candelaria, que trae aparejada en el culto y liturgia nuestros un reparto de velas indicando la devoción de todos los pueblos arios al resplandor de su día y al éter de su luz. Desde los tiempos más apartados, cuando en la pagoda india se inicia la religión de nuestras razas arianas, brilla sobre las aras el fuego que todo lo esclarece y que, á la manera de Dios, en quien se juntan muerte y vida, todo lo devora y lo depura. Ningún elemento en la creación significa tanto la pureza y sirve tanto á las purificaciones como la llama. Cuando queréis aligerar el sordo é inerte metal, descomponer su fortísima cohesión, volatilizarlo, hacerlo aeriforme, lo arrojáis á un horno candente, de muy altos é intensos enrojecimientos. Pues bien: las culpas nuestras, los errores nuestros, las humanas impurezas, purifícanse de suyo en las llamas, por lo cual explicamos el cirio, el candelabro, el incienso, el fuego sacratísimo, el ardiente lampadario, las luces místicas brillando al pie de todos los dioses. Nuestra fiesta de la Purificación se denomina también fiesta de la Candelaria, y se denomina fiesta de la Candelaria porque las mujeres muy especialmente llevan este día ofrendas al templo, y en cambio reciben albas candelillas. Y así como las verdes velas del tenebrario sirven á conjurar las tempestades, sirven estas candelas en los partos. El hábito de repartir velas y luminarias por febrero data de muy lejos, pues ya lo tuvieron sus habitantes en la Roma primitiva. Muy pobladas las antiguas riberas del Tíber por lobos asoladores, erigieron templos á un dios campestre que persiguiese las manadas múltiples de animales tan dañinos y preservase á los inocentes rebaños de su voracidad. Unas fiestas celebraba el paganismo romano por febrero en su honor, y durante tales fiestas repartíanse antorchas, cual se reparten candelas hoy en la Candelaria nuestra. Cierto que de todo cuanto nos parece original hay antiguas y seculares tradiciones en el mundo. Celebramos nosotros el solsticio de invierno con cenas y comidas abundantes, mientras el mundo antiguo también solía celebrarlo de igual suerte con una festividad llamada saturnal, por lo que damos el nombre de saturnales á todos los excesos en comer y beber. Dondequiera que convertimos los ojos vemos patente señal de las devociones consagradas por los fieles arios al resplandor de la madre luz. Todos los inspirados profetas hebreos nos dicen á una en cánticos armoniosos y corales que los cielos narran la gloria de Dios. Todas las voces, desde aquellas que despiden las aves hasta las que despiden los espíritus, entonan á las alboradas y á los amaneceres un himno. Al Oriente atribuimos así la cuna del sol como la cuna del pensamiento. El bracmán indio, el judío levita, el sacerdote latino, el cura católico se vuelven todos á Oriente, pues nuestras iglesias colocan su altar, por regla general, hacia la parte del cielo por donde viene la vivificadora luz. Esa colocación de las fuentes bautismales á la izquierda siempre de nuestras iglesias, los rayos de oro y las constelaciones de pedrería que circundan nuestras custodias, la hostia de harina pura colocada entre cristales resplandecientes, el tabernáculo aromado de incienso, el blanco lino extendido sobre la tabla del altar, la grande lámpara pendiente de los cruceros y encendida con tanto cuidado, las seis velas, tres á la derecha, tres á la izquierda, en representación de los escasos planetas conocidos en el antiguo sabeísmo, indican bien claramente por qué usamos las albas candelas en la Purificación de María, luna de nuestro cielo espiritual, que nos recoge dulcísima en el seno suyo la claridad, sobrado viva para nuestros ojos, del resplandor divino, enviándonoslo mitigado y poético á fin de que podamos recibirlo en lo más hondo y esencial de nuestro ser, sin recelo alguno de que nos ciegue y nos abrase. Comprended ahora toda la razón suficiente que preside á festividad tal como la Candelaria.



UN PRONÓSTICO

En la siguiente narración se trata de hacer un pronóstico del curso de los acontecimientos preliminares é incidentales de la gran guerra que en opinión de las más reconocidas autoridades en la milicia y en la política estallará probablemente en 1892.

Los autores de este trabajo, que pasan por entendidos en la política internacional y la estrategia, suponen para el conflicto el origen más verosímil y describen las campañas y actos políticos que en su concepto deben esperarse como más probables.

De este modo darán á su obra el carácter de verosimilitud y actualidad de la verdadera guerra.

(CONTINUACIÓN)

EXCITACIÓN BELICOSA EN PARÍS

(Por telegrama de nuestro corresponsal particular Mr. D. Christie Murray)

París, 20 abril

París se halla esta noche en un estado de indecible fermentación. Durante algunos días el público había seguido con el mayor interés los rápidos acontecimientos de la frontera ruso-alemana, y las noticias de la primera escaramuza en Alexandrovo, publicadas en *Le Soir* de esta tarde, han producido gran entusiasmo. Diariamente se han celebrado largas conferencias entre los ministros, y la prensa, sin excepción apenas, insta al gobierno á declarar inmediatamente la guerra. Muchos alemanes de posición elevada han salido precipitadamente de París, precaución que en rigor ha parecido muy juiciosa. Cuando las noticias fueron conocidas hoy, interrumpiéronse los trabajos en general, y á las tres de la tarde las calles comenzaron á llenarse de gente, manifestándose en los numerosos grupos mucha excitación. A eso de las cuatro la multitud excedía de cincuenta mil almas; pocos eran los individuos que no tuviesen algún diario en la mano, y como leían en alta voz, alrededor de cada lector formábase compacto grupo. Un vendedor que se dirigía al kiosco con un paquete de diarios para la venta, se vió de pronto cercado por la muchedumbre, que le despojó de su peso antes que se diera cuenta de lo que le pasaba. Tal era el afán por adquirir noticias y por ser el primero en comunicarlas, que los diarios se rompieron entre las manos, sin que aprovecharan á nadie. Muy pronto se oyeron los gritos de *¡Viva Rusia! ¡Abajo Prusia!* Esta fué la primera señal, y poco después en todo el bulevar se produjo un vocerío atronador. Los ómnibus, los coches y toda clase de vehículos debieron detenerse en su carrera, y en un momento viéronse centenares de oradores que pronunciaban enérgicos y apasionados discursos.

Al acento inglés que siempre dió á conocer mi nacionalidad cuando hablo el francés, debo hoy que no se me haya atropellado, tomándoseme por uno de los alemanes aquí residentes. Seguro estoy de que los pocos que han quedado en París habrán recibido hoy un susto al conocer las disposiciones del pueblo. Hasta que hube gritado *¡Viva Francia y abajo Prusia!* no me dejaron en paz. Dícese que un alemán ha sido atropellado por la multitud cerca de la estación del Norte. El director de la ópera por poco paga con la vida los entusiasmos artísticos que ha demostrado por Wagner.

ESCENA EXTRAORDINARIA EN LA PLAZA DE LA CONCORDIA

La más ruidosa manifestación tuvo lugar en la plaza de la Concordia, donde una inmensa multitud comenzó á bailar alrededor de la estatua de Estrasburgo, en la cual se ve estampada, como todos saben, á manera de amenaza, la siguiente inscripción: «L. D. P. (Liga de patriotas). ¿Quién vive? Francia. 1870-18...» Cuando el estrépito ocasionado por la multitud parecía llegar á su colmo, fué dominado por otro mayor aún, debido á la llegada de un grupo de veinte ó treinta hombres que llevaban una larga escalera, entre cuyos travesaños habían introducido la cabeza algunos de los portadores. En el centro de la misma iba sentado un obrero pintor que vestía blusa azul y gritaba á cada momento *¡Noventa y dos!* En la mano derecha llevaba un bote lleno de pintura roja, con la cual embadurnó las caras de algunos de sus compañeros, y en la izquierda varios pinceles. La multitud comprendió al punto el objeto de su presencia y la causa que le inducía á gritar á cada momento *¡Noventa y dos!*, por lo cual se le abrió paso.

De este modo el grupo de hombres pudo avanzar; la escalera fué alzada, con el pintor encima, á la altura conveniente; el obrero se arrodilló para comenzar su trabajo, y á pesar del vocerío y del tumulto, siguióse profundo silencio. El pintor, con pulso más firme del que se podía esperar en aquel instante de entusiasmo, trazó con yeso las cifras 9 y 2, tan grandes como se lo permitía el espacio de que podía disponer. La multitud observaba todos sus movimientos con el mayor interés, y pudo ver cómo, después de terminado el dibujo, el artista cubrió de pintura roja el contorno de las cifras. Entonces resonó una salva de aplausos; pero éstos redoblaron cuando un hombre, subiendo hasta la estatua, acercóse á ésta y despojóla de su fúnebre velo, emblema de luto que hasta aquí la había desfigurado.

Después ocurrió un incidente que tal vez no fuera posible más que en París; y seguramente no habría alcanzado jamás semejante ovación el artista que en él figuró. En aquel oportuno momento vióse llegar el coche de M. de Reszke, que en compañía de una elegante dama iba á comer á casa de un amigo suyo. Un estrepitoso aplauso saludó al gran cantante, la multitud rodeó su carruaje, diez ó doce brazos sacaron fuera al artista y mil voces entonaron la *Marsellesa*. La compañera de Reszke tuvo al principio miedo al ver aquel mar de cabezas; pero pronto comprendió la intención y lo que significaba el momento, y despojándose de la manteleta con que encubría sus hombros, arrojósela al artista. Este último la cogió, y á riesgo de caer sobre la muchedumbre trepó hasta la estatua y puso sobre su espalda la manteleta. Después, cuando se consiguió restablecer el silencio, lo cual no costó poco, invitóse al artista á cantar la *Marsellesa*, y aunque al principio la emoción no le permitió entonar bien, continuó y terminó el himno de una manera admirable que entusiasmó á la multitud.

No creo exagerar al decir que el auditorio se componía de más de cien mil oyentes, y que el coro que formaron fué lo más estupendo que se puede haber oído jamás. Cuando el artista bajó de la estatua varios centenares de personas escoltaron su carruaje.

DISCURSO DEL PRESIDENTE

¡A BERLÍN!

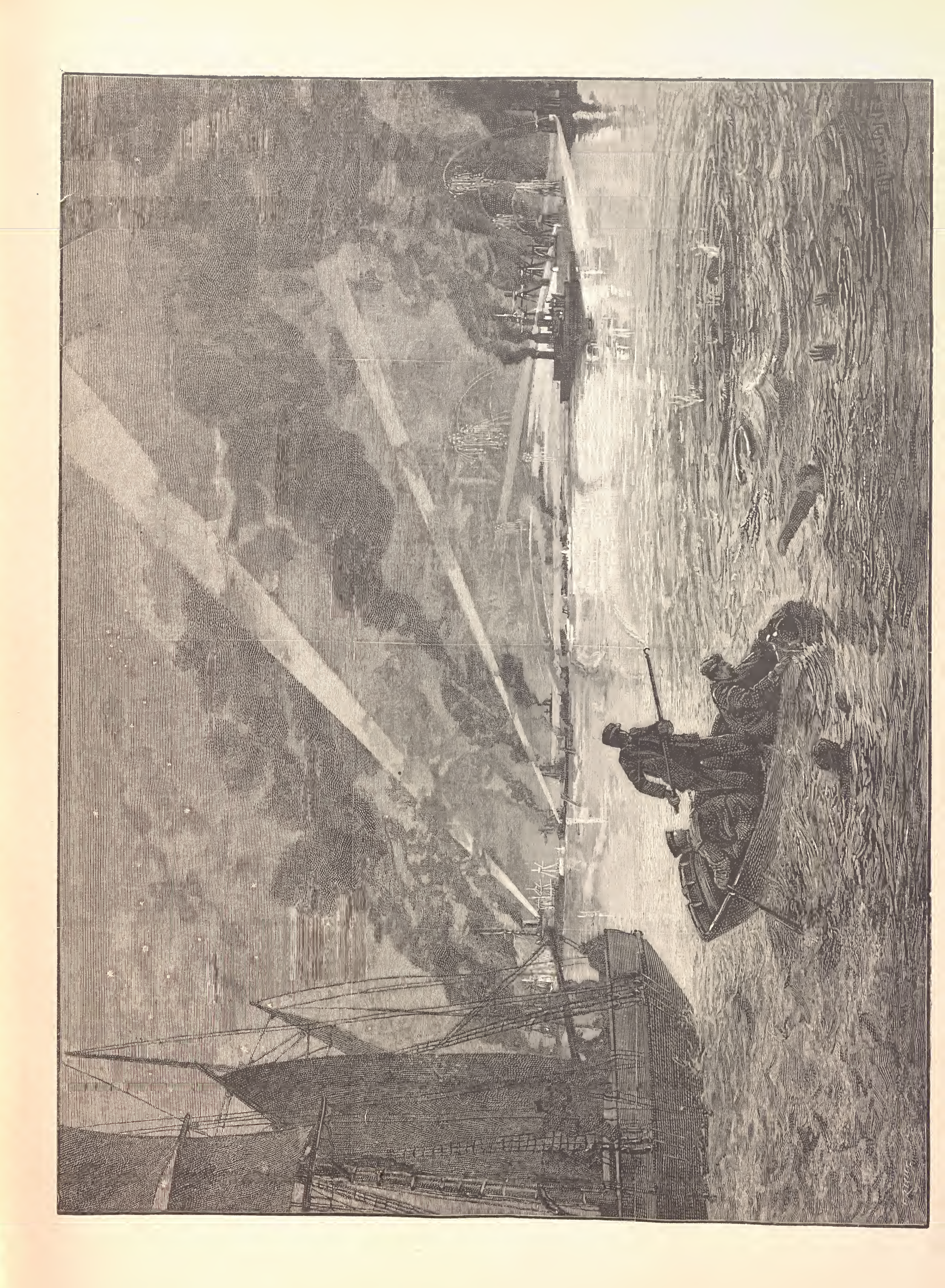
(Ultima hora)

La multitud comenzaba á disminuir, cuando circuló la noticia de que los ministros se habían reunido en el Elíseo. Con gran dificultad crucé la plaza al saber esto, y pronto me vi arrastrado por una corriente humana que se dirigía al mismo punto. La multitud se hacía más compacta á cada momento, y hubiérase dicho que todo París afluía hacia el Elíseo. Durante algún tiempo hubo poco ruido; pero de vez en cuando oíanse gritos de impaciencia. Pude oir entonces las observaciones y conjeturas de muchos que se preguntaban qué partido adoptaría Inglaterra en aquella crisis. A las siete la multitud se cansaba al parecer de esperar; el edificio estaba obscuro interiormente, y creíase ya que la noticia de la reunión de los ministros era falsa, cuando de pronto vióse luz en tres ó cuatro ventanas, junto á una de las cuales se proyectó una sombra. Muchos gritaron al punto: «¡Es Ribot!» Y en efecto, á los pocos minutos abrióse la ventana central y apareció la figura del ministro de Negocios extranjeros, lo cual fué la señal para que estallase una tempestad de aclamaciones, oyéndose sobre todo pronunciar el nombre del presidente de la República. Todos gritaban: «¡Carnot, Carnot!» El ministro se inclinó y retiróse, y un momento después se presentó el presidente. Desde donde yo estaba apenas me era posible distinguir sus facciones, pero le vi muy erguido y extender el brazo en ademán como para imponer silencio. Transcurrieron algunos minutos antes de que pudiera ser obedecido; pero cuando al fin se le permitió hablar, su voz resonó clara y firme en medio del silencio. Su discurso fué muy breve y redújose á lo siguiente: «¡Ciudadanos! Alemania ha declarado la guerra á una aliada de Francia. Aquellos á quienes habéis designado como guardianes del honor nacional han discutido ya sobre la grave noticia que ha despertado hoy á todo París, y es mi deber manifestaros que no hay disentimiento sobre este punto. ¡Francia cumplirá sus compromisos!» M. Carnot fué interrumpido por unánimes aplausos, que hicieron imposible todo discurso por espacio de cinco minutos; y cuando al fin se restableció un poco el silencio, M. Carnot añadió: «Francia hablará esta noche, exigiendo que se retire la declaración de guerra contra su aliada, y además pedirá que se le devuelvan las provincias que le fueron tomadas veinte años hace.»

Repitiéronse las aclamaciones y aplausos con más fuerza que antes; el presidente se retiró, y una copiosa lluvia que había amenazado toda la mañana despejó la calle muy pronto. Apenas hace una hora que ha ocurrido este importante acontecimiento del día, y ya la ciudad está silenciosa como una tumba. Después de tanto gritar no debe extrañarse que muchos se hallen roncos; la excitación del pueblo es indecible.



La gran guerra de 1892. – Escena grandiosa en la plaza de la Concordia, de París. – La multitud quitando los emblemas de luto que cubren la estatua de Estrasburgo



La casa de M. Ferry ha estado custodiada por alguna fuerza, y solamente la buena inteligencia que existe entre las tropas y el pueblo la ha librado de un ataque.

En el momento de escribir estas líneas, la gente vuelve á invadir los bulevares. Se presume, por supuesto, cuál será la contestación de Alemania; mas espérase con ansiedad.

DECLARACIÓN DE GUERRA POR FRANCIA

DRAMÁTICA RECEPCIÓN DE LAS NOTICIAS POR EL EMPERADOR ALEMÁN

(Por telegrama de nuestro corresponsal particular Mr. Charles Lowe.)

Thorn, 1.° *de mayo*

El emperador había dado órdenes para celebrar esta mañana una revista de todas las tropas acantonadas en las cercanías en número de 60.000 hombres, debiendo verificarse la parada en un terreno análogo al del Campo de Marte en París, á la orilla derecha del Vístula. S. M. y su estado mayor se situaron en una eminencia que domina la llanura, y apenas los compactos batallones del tercer cuerpo, con sus bayonetas iluminadas por el sol, hubieron comenzado á pasar, cuando su marcha fué interrumpida por un dramático incidente.

Yo me hallaba cerca del brillante séquito del emperador, hablando con un médico, amigo mío, cuando de pronto vimos á un ayudante dirigirse hacia el soberano y entregarle un mensaje, pareciéndonos por el color del sobre que era un telegrama. El emperador lo abrió, pasó rápidamente la vista por el contenido, y después dirigió la mirada sobre los que tenía más próximos, como para observar la impresión producida en su ánimo por la noticia que en su concepto debía haberse adivinado ya. «¡Es precisamente lo que esperábamos!, exclamó: es un telegrama del general Von Caprivi. Francia nos ha declarado la guerra.»

Hubo un momento de pausa, y todos se miraron unos á otros como para estudiar el efecto que producía esta terrible noticia. Después se fijó la atención en el emperador, que había palidecido un poco, aunque se mostraba tan tranquilo y resuelto como antes.

«Señores, dijo al fin, he aquí un grave momento para todos nosotros; pero la noticia ni nos intimida ni nos sorprende. No obstante, debo retirarme ahora, porque el peligro para la madre patria es mucho mayor en la frontera occidental que en la oriental, y allí donde el riesgo es más grave debemos estar nosotros.

»Señores, mi querido hermano y amigo el rey de Sajonia, ese intrépido soldado á quien tanto aprecio, ocupará mi lugar de general en jefe de nuestros ejércitos aquí, y estoy seguro de que alcanzará honores y victorias para nuestras armas. Un enemigo solo es ya bastante, y cuanto antes ayudemos á nuestros aliados contra su invasor, antes podremos concentrar todas nuestras fuerzas para combatir al enemigo hereditario que de la manera más inicua vuelve á declararnos la guerra.

»Señores, no se ha de perder el tiempo en vanas palabras cuando tanto urge la acción, y por lo mismo solamente invocaré la protección de Dios para nuestras armas aquí, mientras yo corro al punto en que más peligra la patria. ¡Ojalá que cada cual cumpla con su deber durante el crítito período de graves tribulaciones que nos espera!»

Así diciendo el emperador clavó espuelas á su caballo, y seguido solamente del séquito de costumbre dirigióse hacia Thorn, saludado á su paso por entu siastas aclamaciones.

Al cerrar mi correspondencia recibo noticias de un encuentro naval en el Báltico entre nuestra flota y varios buques rusos; pero esto necesita confirmación posterior.

LA FLOTA ALEMANA EN EL BÁLTICO

Hemos recibido la siguiente carta, de fecha 30 de abril, del vicealmirante Felipe Colomb, que fué testigo de las operaciones navales en el Báltico.

«Me hallaba en Kiel con mi yate cuando tuvimos noticia del atentado cometido contra el príncipe Fernando; los siguientes telegramas produjeron la mayor excitación, particularmente en la armada. Simultáneamente llegó á nuestro conocimiento que Rusia había cruzado la frontera austriaca, y que varios cruceros alemanes acababan de hacerse al mar, mientras se reunía una flota en el puerto. Podía temerse un ataque de la escuadra rusa si la alemana no permanecía en su puesto para atender á la defensa común.

»A mí me pareció lo más conveniente ponerme fuera del alcance de los rusos, en el caso de que llegaran. Los capitanes de varios buques alemanes, encargados de la defensa de las costas, alegaban que no podían ir al Báltico por carecer de carbón suficiente, y hubo mucha discusión sobre los que deberían marchar ó quedarse. Como todos los días llegaban más buques, comencé á creer que lo más probable sería que los alemanes no permaneciesen quietos, dejando á los rusos asolar sus costas. Después, como llegase una flotilla compuesta de nueve ó diez buques blindados, comprendí que los ejércitos alemanes se preparaban para atacar á Rusia por Konigsberg.

»A los pocos días vi que ocho ó diez se hacían á la vela, y resolví seguirlos, sin perderlos de vista en el espacio de dos millas.

»En la tarde del día siguiente de nuestra salida pasamos cerca de la isla de Ragen, y entonces me convencí de qué gobernábamos hacia Libau, que dista unas cuatrocientas ó quinientas millas de Kiel. No encontramos por el pronto ni un solo buque enemigo; pero al amanecer del tercer día observé que de las chimeneas de los buques alemanes salía mucho humo. Estábamos ya más allá de Dantzig, y habiendo encontrado dos cruceros, la flota alemana se detuvo para ponerse al habla con aquellos buques, cada uno de los cuales envió un oficial para dar cuenta de las últimas noticias al jefe de la escuadra.

»Dos horas después prosiguió la marcha, repitiéndose mucho las señales con luces eléctricas, lo cual hizo presumir á todos que ocurría algo. En la mañana del cuarto día, antes de que amaneciese, hallábame sobre cubierta mirando en todas direcciones; apenas rayó la aurora, vi espesas columnas de humo hacia el Norte, y poco después distinguí uno ó dos mástiles. Los dos cruceros alemanes hicieron varias señales, y á poco toda la flota se formó en línea, dirigiéndose hacia el Oeste. Decididamente se había avistado otra flota, mas yo ignoraba si era ó no la rusa. Los dos cruceros habían apresurado la marcha; pero como se hicieron señales á uno de ellos, viró en redondo, y poco después gobernaba hacia el Sud. Por su maniobra hubo de pasar cerca de mí, y entonces atrevíme á preguntar si estaba á la vista la flota rusa. «Sí, me contestó una voz; vamos á batirnos.»

»Yo pensé, sin embargo, que la escuadra alemana se propondría solamente observar á la rusa; pero después ocurrióme que los moscovitas no podrían hacer nada, á menos de batir bien antes en el mar á los alemanes.»

ENCUENTRO FUERA DE DANTZIG

DESTRUCCIÓN DE UN TORPEDERO RUSO

«Deseaba yo saber si habría algún encuentro, y en su consecuencia goberné hacia el NE. con intención de observar á la flota rusa si era posible. En el mismo instante vi un pequeño barco ruso que avanzaba con toda la rapidez posible, como para ir á observar la flota enemiga; dos cruceros alemanes hicieron rumbo al punto hacia el Este á fin de cortarle el paso; pero el ruso, sin hacer aprecio de ello, prosiguió su rápida marcha, y claramente se reconocía su ventaja sobre los contrarios. De repente le vi hacer fuego contra sus perseguidores, que contestaron en el acto; y muy pronto los tres quedaron rodeados de una espesa nube de humo. Mi maquinista me dijo un momento después que el barco ruso estaba perdido; y en efecto, á los pocos instantes, cuando se desvaneció el humo, vi que sobre su pabellón ondeaba el de Alemania.

»Habíame acercado lo suficiente para reconocer que la flota rusa era bastante más numerosa que la de los alemanes, y noté que en ella había muchos barcos pequeños, sin duda torpederos, por lo cual juzgué prudente volver hacia el Sud para ponerme más cerca de la flota alemana; los rusos seguían una dirección paralela á la posición de sus enemigos, y por lo pronto no pude observar más á causa de haber cerrado la noche.

»A eso de las once, hallándome sobre cubierta entregado al sueño, me despertó un gran estrépito; era el estampido de los cañones, y vi que toda la flota alemana hacía un fuego espantoso. Yo supuse que algún torpedero ruso había atacado, pero no me fué posible observar lo que sucedía. A los diez minutos disminuyó el ruido, y los cañones cesaron en sus disparos, pero observé con inquietud que se dirigía hacia mí una especie de barco pequeño ó bote; no tardó en acercarse más de lo que yo hubiera querido, y entonces distinguí en él como una bola de humo blanco: era un torpedero que evidentemente trataba de pedirme auxilio. A los pocos momentos, no quedándome ya la menor duda, se preparó el bote y yo mismo recogí en el agua un hombre, mientras que mis tripulantes ayudaban á dos marineros rusos; el individuo que yo había salvado era un oficial y tenía una herida en la espalda, mas no se le pudo interrogar porque yo no tenía á bordo nadie que hablase ruso. El herido fué depositado en la cubierta del yate, y mi señora, arrodillándose junto á él, apresuróse á practicar la primera cura, pero fué inútil porque la herida era mortal, tanto que al poco tiempo murió y ya no se pudo hacer otra cosa que arrojar su cadáver al agua. Los dos marineros, que estaban ilesos, pasaron al día siguiente á bordo de un buque inglés.

»Deseaba con ansia averiguar qué había sucedido, y á la mañana siguiente traté de enterarme; pero observé que los buques de guerra ocupaban la misma posición y en igual número, si bien uno de ellos parecía haber sufrido grandes averías.

»Poco después vi un buque que me pareció un yate del emperador de Alemania; llegaba por la parte del Sud, y apenas estuvo bastante cerca hizo una larga señal. Casi en el mismo instante se dirigieron hacia él todos los buques alemanes, y después de haber pasado un bote al buque almirante, toda la flota se puso en movimiento otra vez con rumbo hacia Kiel. No pude observar más porque debía ir á Colberg para echar mi carta en el correo y pedir noticias.

»P. S – He sabido en Colberg que el yate del emperador trajo noticias sobre la declaración de guerra hecha por Francia, y órdenes para que toda la flota alemana regresase á Jahde con la mayor celeridad posible á fin de evitar que la cercasen las escuadras rusa y francesa. Los alemanes dicen que echaron á pique varios torpederos rusos; pero según supe después, no naufragó más que el *Oldemburgo*, el mismo que yo vi. Asegúrase que los rusos se han diseminado por toda la costa alemana del Báltico y espérase algún desembarco.»

EL PLAN DE CAMPAÑA ALEMÁN

LINEA DE INVASIÓN PROYECTADA Á TRAVÉS DE BÉLGICA

Londres, 3 *mayo*

La declaración de guerra por Francia era el resultado inevitable de la acción de Alemania respecto á Rusia. A decir verdad, los acontecimientos han seguido una marcha tan violenta como trágica desde el día en que el príncipe Fernando estuvo á punto de morir por efecto de las intrigas rusas. Alemania no podía dudar de la conducta que Francia observaría, pues por la experiencia de 1870 debió comprender muy bien cuál sería el desenlace de los hechos ocurridos en París. Teniendo poderosos enemigos á cada lado, Alemania no puede ser arrogante, y ante la expectativa de una doble lucha no ha de confiar en que le sea posible llevar á los campos de batalla fuerzas superiores, como en las guerras de 1866 y 1870-71. Sus probabilidades de triunfo, como los jefes militares saben muy bien, están para ella en la rapidez de acción, en el súbito ataque allí donde menos se espera y en los bien combinados planes para dividir las fuerzas del enemigo.

Atacar cualquier punto de la frontera oriental de los franceses, erizada de fortalezas, como lo está ahora, desde Verdún á Belfort, supone una tardanza inevitable, aunque los trabajos con la pesada artillería de sitio tuvieran buen resultado. Sin duda Alemania podrá rechazar toda ofensiva que intente Francia desde la base de la frontera oriental fortificada; pero no hacer más que esto sería limitarse puramente á la defensiva, que parece repugnar á sus jefes militares. Por lo tanto, su única línea de ataque, á menos de obtener por la vía diplomática derecho para cruzar con sus ejércitos por territorio neutral, sería la frontera oriental de Francia, pasando sobre la serie de fortalezas que se elevan amenazadoras detrás de aquella línea fronteriza.

Si Alemania intentase otra invasión en Francia, evidentemente el camino que más le convendría sería el de Bélgica, evitando así la línea de las fortalezas francesas y acortando el camino á través del territorio hostil para llegar á París. Ahora bien: la neutralidad de Bélgica está garantizada por las grandes potencias, pero las últimas noticias nos han demostrado ya cuán falaz es esa garantía. Se cree, según nuestro corresponsal de Berlín, que Alemania ha conseguido hacer un secreto convenio con Bélgica, en virtud del cual los ejércitos alemanes podrán cruzar por aquel Estado y hasta utilizarse de las vías férreas. Las ventajas de este arreglo compensarían para Alemania la superioridad numérica que las fuerzas francesas tienen sobre las que ella podrá presentar en el campo.

El plan de campaña alemán, según lo explica nuestro corresponsal de Berlín, sería el siguiente: siete de los cuerpos de ejército han de permanecer en la frontera rusa á las órdenes del rey de Sajonia, y para



Vista de la colocación de las pinturas del Salón del Louvre en 1785. Copia de un grabado de la época

hacer frente á los franceses quedarán trece, con un número proporcionado de regimientos de caballería. El primer cuerpo de ejército, al mando del príncipe Alberto de Prusia, debe avanzar á través de Bélgica por Verviers, Lieja, Namur y Charleroi, cruzando la frontera Norte de Francia, entre Maubeuge y Rocroy, por Hirson. Las fortalezas de la frontera francesa del Norte, al Este de Maubeuge, tienen poca importancia. Los distritos de las Ardenas y de Eifel ofrecen bastante protección para la línea de comunicaciones hasta la frontera; mas por desgracia entre Aix y Lieja no se puede utilizar más que una línea férrea.

El primer ejército debe componerse de seis cuerpos, y entre los jefes que han de mandarlos hay hombres como los generales Meerscheidt, Hullessem, Von der Burg, Von Versen, Albedyll y Von Loe, que se distinguieron en la última guerra. El mismo emperador, jefe supremo de todas las fuerzas alemanas en ambos campos de operaciones, acompañará este ejército después de haber dejado en la frontera oriental al general Von Schlieffen, jefe de estado mayor, y á varios príncipes alemanes.

El segundo ejército, compuesto de tres cuerpos, debe avanzar desde Trevisa por el Luxemburgo mediante consentimiento del gran duque, y siguiendo la línea férrea hasta Arlón, se acercará á la frontera francesa entre las fortalezas de Montmedy y Sedán. En este punto, mientras protege las comunicaciones del ejército principal, procurará llamar la atención de los franceses, que tal vez se hallen detrás de la línea Norte de los fuertes, impidiendo así que vayan á engrosar las fuerzas opuestas al primer ejército de los alemanes en Namur y Charleroi. En la ejecución de esta ardua empresa, el segundo ejército tropezará con las dificultades que la naturaleza presenta en la parte oriental de las Ardenas, y ha de proteger su línea de comunicación que corre peligrosamente cerca de la frontera. Para este difícil y delicado movimiento se destinará una considerable fuerza de caballería al mando del teniente general Von Kleist.

Si por detrás de la línea de sus fuertes fronterizos orientales los franceses tomaran la ofensiva, los estratégicos alemanes, según nuestro corresponsal, reconocerían francamente la imposibilidad, á causa de la división de las fuerzas alemanas en Bélgica, de impedirles que invadan la Alsacia y la Lorena en dirección á la orilla izquierda del alto Rhin, donde las fortalezas alemanas los detendrían. Sin embargo, si trataran de avanzar no hallarían muchos obstáculos. En la línea de fuertes fronterizos los ingenieros franceses han dejado con toda intención, entre Toul y Epinal, un extenso boquete sin defensa, de considerable anchura; este intervalo es como una especie de trampa, y por lo mismo se ha de vigilar su salida al territorio francés. Frente á él, en la meseta que hay detrás del Meurthe, entre Luneville y Saint-Die, se situarán avanzadas y un fuerte cordón de caballería, mientras que más allá tomará posición el tercer cuerpo de ejército al mando de Leopoldo, príncipe regente de Baviera. Si en este punto se vieran los alemanes amenazados por fuerzas muy superiores, el ejército tendría una retirada á través de los Vosgos centrales. Apenas se haya completado la movilización del ejército activo, se procederá á la de la Landwehr con toda la actividad posible, sin exceptuarse un solo hombre, pues ha de estar dispuesta para reforzar los ejércitos donde sea necesario. El segundo ejército quedará en Alemania para proteger la costa Norte.

PLAN DE CAMPAÑA DE LOS FRANCESES

Mientras Alemania ha hecho todos estos preparativos, Francia no ha estado ociosa. Según los últimos telegramas de París, el primer plan de campaña propuesto por el estado mayor francés ha sufrido algunas modificaciones, por haber llegado á ser evidente que un numeroso ejército alemán se concentra en la frontera oriental de Bélgica, sin duda con el objeto de penetrar por el Norte de Francia. El general Saussier, á quien se ha conferido el cargo de general en jefe de todos los ejércitos franceses, y el general Mitchel, jefe de estado mayor, han debido concertarse para adoptar nuevas disposiciones. Siete cuerpos muy numerosos han de constituir el ejército que se concentrará dentro y fuera de lo que se llama el triángulo de La Fere-Soissons Laon, encargándose del mando el mismo general Saussier. Otro ejército, á las órdenes del general Carre de Bellemar, se correrá por la línea del Mosa hacia el Nordeste, y siete cuerpos han de constituir las fuerzas de campo y guarniciones de la frontera oriental, dividiéndose en dos ejércitos mandados respectivamente por el general Gallifet y el duque de Auerstadt. Tres cuerpos deben vigilar la frontera italiana desde Albertville hasta Mentone, y de su mando se encargará el general Thomasin. La movilización comenzó más tarde que la alemana; pero en cambio no se ha perdido tiempo, y la rapidez con que progresa ha sorprendido á los que dudaban de la regeneración de la Francia militar.

(Continuará)

FOTOGRAFÍAS SEUDO-ESPIRITISTAS (1)

Nada más lejos de mi ánimo que negar la realidad de las fotografías medianímicas. Los trabajos realizados en este sentido por el eminente físico inglés Mr. Crookes, los no menos notables del consejero del czar Mr. Aksakof y los del ingeniero francés M. Mac Nab son pruebas demasiado concluyentes de la existencia del fenómeno en cuestión – admitido, aunque no explicado, por muchos hombres de ciencia – y que demuestra cómo, en ocasiones, del cuerpo de determinados individuos con organización especial, se exterioriza una fuerza, ó una materia, que, vaporosa en los primeros momentos, llega en la continuación del fenómeno á adquirir la apariencia de la carne, dando el aspecto de ser vivo al fantasma así formado.

Estos fantasmas tienen relación íntima con otros que se aparecen, no experimentalmente, por regla general, sino en casos dados de desgracias, y que son como el aviso de unas á otras personas formado por la comunión psíquica que nace del afecto que hay entre ellas y que toma forma material objetiva: son las *alucinaciones telepáticas* de Gurney, Podmore y Mijers, llamadas *espontáneas;* porque hay otros producidos *voluntariamente*, en los cuales el *alma*, el *doble*, el *cuerpo astral*, el *espíritu* de un individuo, por la voluntad inteligente de éste, se exterioriza y proyecta á distancias más ó menos grandes, revistiendo la aparición todo el carácter físico, moral é intelectual de la persona cuya imagen es.

Así operan los sabios de la India, *Mahatmas*, *Joguis*, *Faquires*, etc., que han aprendido á dominar su naturaleza y las fuerzas que hay en el organismo humano; así operan algunas personas en Occidente, después de determinados estudios, y así han operado algunos santos, entre ellos San Antonio de Padua.

Los fantasmas estudiados por Crookes, Aksakof y otros pertenecen á los llamados *espiritistas*, esto es, obtenidos por la influencia de un *médium* – inconsciente en la mayoría de los casos respecto al fenómeno que se está verificando, por el estado anormal en que cae, de letargía, ó de *transe*, como dicen los ingleses, indicando con esta palabra que la vida del médium se debilita hasta casi desaparecer, para dar origen á un fantasma formado al lado suyo – y han sido fotografiados á la luz eléctrica ó del magnesio al mismo tiempo que la imagen de la

(1) Véase el grabado de la página 112.

LA EXPOSICIÓN EN LA «ROYAL ACADEMY» DE LONDRES, EN 1787, copia de un grabado del mismo año



UN DIA ALEGRE, cuadro de D. Antonio Fabrés

persona que los engendra: en otras ocasiones, se han hecho fotografías en la obscuridad absoluta, ya porque el fantasma es luminoso por sí mismo, ó porque existen rayos luminosos y químicos, cuya acción no es perceptible para el ojo humano, pero sí sensible para las placas fotográficas con que se experimenta, y que confirman los originales estudios del barón de Reichembach sobre el *Od* y la luz *Odica*.

* * *

En una reunión en que me hallaba, fueron exhibidas por un caballero varias fotografías espiritistas.

Alguno de los concurrentes, lleno de entusiasmo y admiración por lo que veía, afirmó que aquello era lo más extraordinario que podía darse, y que desafiaba á quien pudiese, no superarlo, ni siquiera imitarlo. Acepté desde luego el reto y prometí obtener fotografías más sorprendentes...

Y como yo creo que al profesar una doctrina, cualquiera que sea, es deber de todo hombre sensato no dejarse arrastrar por la simpatía que le inspire cuanto con ella se relacione, sancionando sus principios, y sí examinarlo con detenimiento y serenidad, para apartar lo nocivo, que aunque halaga por el momento, mata con la burla y el ridículo, he querido, sin que esto sea negar el fenómeno en las fotografías presentadas en la reunión, mostrar de qué manera pueden hacerse muy semejantes á las espiritistas, sin que intervengan en su obtención fuerzas desconocidas; basta un fotógrafo artista, que en el caso presente lo ha sido el Sr. Laurent, al cual envío el testimonio de mi gratitud.

Las fotografías que vi en la reunión aludida ofrecen de notable sobre cuantas hasta ahora conozco las particularidades de haber sido conseguidas á la luz del día, estando la médium en perfecto estado normal y prestándose complacientes buen número de espiritistas á ser retratados con ella, sin exigencias de ninguna clase por parte de los mismos.

Confieso que si hubiera verdad, que muy bien pudiera ser, en estos detalles y estuvieran científicamente atestiguados, mi admiración no tendría límites y proclamaría como uno de los más sorprendentes el suceso, que dejaría muy atrás á las experiencias hechas con luz eléctrica ó de magnesio por Crookes y á las fotografías *trascendentales*, en la obscuridad, de Aksakof; pero la falta de rigor científico y los detalles indicados me hicieron dudar del fenómeno – sin que niegue, repito, su posibilidad – y me decidieron á simular las fotografías medianímicas, dándoles carácter más original; porque si hubiera hecho aparecer con mi imagen la de un fantasma cualquiera, podría objetárseme que los dos habíamos sido retratados al mismo tiempo, valiéndome yo de un *compadre;* mientras que apareciendo al lado de mi cuerpo mi propio *espíritu*, el hecho cambia y la fotografía reviste un aspecto nuevo: *telepático*, si se me permite emplear aquí este neologismo.

El procedimiento instructivo y curioso que he seguido ha sido empleado ya en 1873 por el fotógrafo francés Bouguet, el cual lo explotó haciendo que mediante la modesta suma de veinte francos apareciese con el retrato de una persona el de otra, muerta, que él evocaba; y consiste en impresionar dos veces una misma placa.

Sabido es que el tiempo de *exposición* influye sobre la claridad de la negativa: si se deja el cristal mucho tiempo la imagen es obscura ó se pasa, mientras que si poco resulta débil.

Si la placa es seca puede guardarse con una sola impresión durante meses en la obscuridad, y servir para recibir otra impresión que ha de ser *revelada* con la primera. Bouguet hacía algo semejante: cuando una persona le pedía que apareciese con su retrato la imagen del pariente ó amigo muerto, procuraba con habilidad enterarse de algunas circunstancias del difunto, y conforme á ellas impresionaba la placa, que era húmeda y que podía tener preparada, con uno de los muchos maniquíes de que disponía, y después en este mismo cristal fotografiaba al demandante, el cual con un poco de buena voluntad y mucha fe veía en aquellos contornos desdibujados cuanto deseaba ver.

Yo imité el procedimiento retratándome primero ataviado con sábanas y procurando que la imagen no estuviese enfocada; y después vestido con mi traje ordinario, dando á esta segunda imagen mayor exposición que á la primera, con el doble objeto de que ésta saliera *velada* y apenas perceptible y aquélla claramente detallada.

Es conveniente que el *fondo* de la galería en donde se opere sea negro para evitar que las placas se velen; y si la persona que aparece en la fotografía ha de estar sentada, conveniente es también enfocar antes la silla y marcar el sitio que ha de ocupar en la segunda exposición.

Omito ciertos detalles referentes á la duración de las exposiciones y colocación de las personas, porque dependen de la sensibilidad de las placas; de la cantidad de luz y de la posición que hayan de tener las figuras, pormenores todos al alcance de cualquier aficionado.

Hay además de éste, otro procedimiento para imitar las fotografías medianímicas, y que consiste en impresionar sucesivamente papel sensible con dos *clichés*, uno de los cuales tenga la imagen del fantasma y el otro la del individuo, y cuidando que la impresión del primero sea sumamente débil, al contrario de la del segundo, para que después del *virage* aquélla quede reducida á especie de silueta de contornos vagos é indefinidos, y ésta perfectamente entonada...

* * *

ART. 548. – Incurrirá en las penas del artículo anterior:

1.° El que defraudare á otros... atribuyéndose poder, influencia ó cualidades supuestas...

M. OTERO ACEVEDO

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – La delegación de la Sociedad nacional de Bellas Artes de París, que celebra sus exposiciones en el Campo de Marte, ha elegido el siguiente comité: Puvis de Chavannes, presidente; Carlos Durán, Dalou y Bracquemond, presidentes de las secciones de pintura, escultura y grabado; Juan Beraud y Billotte, secretarios, y Guillermo Dubufe, tesorero. El salón se inaugurará el día 7 del próximo mayo.

– La Galería nacional de Londres ha adquirido por 70.000 pesetas trece cuadros de maestros holandeses, figurando entre ellos obras de Fabritius, Monverman, Decker, Ruisdael, Wit y otros: dichos lienzos proceden de la colección Habich, que acaba de venderse en Kassel.

– En Altenburgo se proyecta la erección de un monumento dedicado á los eminentes naturalistas Brehm (padre é hijo) y al profesor Schlegel.

– El gobierno egipcio, á solicitud de la ciudad de Alejandría, propónese crear allí un Museo cuyo núcleo será una parte de las inmensas riquezas que en arqueología greco-romana posee el Museo de Gizeh.

– La notable publicación artística de Berlín *Moderne Kunst* (Arte moderno) dedica en su último número un largo suelto al intencionado artículo de Mariano de Cavia que hace algún tiempo publicó *El Liberal*, de Madrid, sobre el incendio del Museo del Prado, y después de consagrar grandes elogios al autor del trabajo, no sólo por el sello de realidad que en la descripción de la supuesta catástrofe supo imprimir, sino también por la laudable intención que le movió á escribirlo, une sus excitaciones para que en lo humanamente posible se evite la desaparición de un museo que hace de Madrid una capital europea y en el cual Velázquez, Murillo, Rafael, Ticiano, Rubens, Rembrandt y Van Dyck tienen una representación como no se encuentra igual en ninguna otra pinacoteca.

Teatros. – El teatro de Vaudeville, de París, ha conmemorado el centenario de su fundación con una función variada, compuesta de *M. et Mme. Galochard*, un acto de *La Dama de las Camelias*, otro de *Fedora* y otro de *La familia de Pont-Biquet*, obras estrenadas en ese coliseo en 1836, 1852, 1882 y 1892 respectivamente.

– En el teatro Haymarket, de Londres, ha obtenido un éxito extraordinario en el desempeño de *Hámlet* el actor Mr. Tree, á quien algunos críticos califican de el más clásico de cuantos hasta ahora han representado el papel de protagonista de la hermosa tragedia de Shakespeare.

– En el teatro de la Corte, de Brunswik, se ha representado recientemente la *Electra* de Sófocles, obra con la que se ha inaugurado una serie de representaciones á precios económicos, cuyo objeto es presentar en la escena por medio de producciones de todos los tiempos la verdadera historia del desenvolvimiento del arte dramático.

– *Madrid.* En el teatro de la Princesa ha obtenido excelente éxito el tan discutido drama de Sardou *Thermidor*, habiendo alcanzado grandes aplausos la Sra. Tubau y el Sr. Vico, que ha hecho del papel de Labussiere una verdadera creación.

– La sociedad de Conciertos que dirige el maestro Mancinelli está celebrando, con el mismo éxito extraordinario de siempre, la serie de conciertos de la presente temporada en el teatro del Príncipe Alfonso. En el vastísimo repertorio de esa sociedad figuran los principales fragmentos de las óperas de Wagner, por los que siente el público predilección decidida, siendo indudablemente éstas las piezas que más entusiasmo despiertan.

– En el teatro Español se ha estrenado con buen éxito una comedia del aplaudido autor Sr. Sánchez Pérez, titulada *La puente y el vado.*

– *Barcelona.* Se han estrenado con buen éxito: en Romea la comedia *De tevas á mevas*, de D. Conrado Roure, y se han reproducido en el Tívoli *El país de la olla*, de D. José Coll y Britapaja, que ha obtenido grandes aplausos, y en el Liceo el baile de gran espectáculo *Excelsior*, bien recibido por el público á pesar de que las decoraciones son indignas del teatro y forman perjudicial contraste con el lujo desplegado en los demás accesorios de la obra.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

D. Manuel García Barzanallana, marqués de Barzanallana, ex ministro de Hacienda, ex presidente del Senado, senador por derecho propio y actualmente presidente del Consejo de Estado: era una de las más importantes figuras del partido conservador.

Juan Conch Adams, ilustre astrónomo inglés y director del observatorio de Cambridge: gozaba de gran fama en el mundo científico por la parte principalísima que tuvo en el descubrimiento del planeta Neptuno, cuya posición determinó por medio de cálculos matemáticos antes de que el telescopio revelara su existencia en el firmamento.

Ernesto Brucke, eminente fisiólogo austriaco, catedrático de la Universidad de Viena, autor de importantes obras científicas.

Adelaida Tessero, célebre artista dramática italiana: sentía como pocas el arte, recitaba con verdadera pasión y se identificaba tan por completo con los personajes que representaba, que más que efecto del estudio parecían sus creaciones espontáneamente nacidas de su inspiración.

Julio Rosen, notable autor dramático austriaco, cuyas obras, que se representan con aplauso en todos los teatros de Alemania, están coleccionadas en 14 volúmenes.

El conde Emilio de Nieuwerkerke, intendente de Bellas Artes durante el segundo imperio, decano de la Academia, senador y gran oficial de la Legión de Honor. Como escultor deja, entre otras obras notables, una estatua ecuestre de *Guillermo el Taciturno*, existente en La Haya, y estatuas de *Renato Descartes, Napoleón I* y *Napoleón III.*

El gran duque Constantino Nicolaiewitch, hijo segundo del emperador Nicolás, teniente general que fué en Polonia en 1862, almirante, jefe supremo de la escuadra y del departamento de marina: tuvo á sus órdenes la escuadra del Báltico durante la guerra de Crimea y á él se debe el progreso de la marina rusa.

Henriquel Dupont, célebre dibujante grabador francés, miembro de la Academia de Bellas Artes y comendador de la Legión de Honor: deja innumerables joyas artísticas, entre las que merecen ser especialmente mencionadas las reproducciones de la mayoría de retratos de Ingres y de los cuadros de Delacroix, Scheffer, Lehmann, etc.

Varia. – Los alumnos de la Academia de Bellas Artes de Berlín han celebrado su acostumbrada fiesta de invierno el día 15 de enero con un «baile de trajes en el año 2000» En el decorado de la sala estaban representados los colosales inventos que se supone han de realizarse durante el siglo que viene, y adosadas á las columnas había varias estatuas de los grandes inventores del siglo XX: el del cañón de dinamita electroneumático, el del ferrocarril á la luna, el descubridor del bacilo del genio. El vasto local estaba además adornado con caprichosas obras de arte de famosos escultores.

Comenzó la fiesta con un prólogo escénico, en el que después de combatirse las ideas realistas de nuestros tiempos se anunciaba la restauración de la fantasía y el triunfo del ideal en el año 2000. Bailóse luego una gavota del siglo XVIII, un vals del XIX y una danza del XX, en la que los caballeros llevaban en la mano una palma como símbolo de la paz.

No hay que decir, tratándose de artistas, que los disfraces caprichosos abundaban en esta curiosa fiesta, durante la cual, al dar las doce, se repartió á los concurrentes un periódico con la fecha de 15 de enero de 2000, titulado «Revista de media noche,» con texto é ilustraciones tan ingeniosos como originales.

– El comité de la Exposición Universal de Chicago ha acordado que la sección de restaurants y cafés se establezca dentro del lago Michigán, debiendo los edificios construirse á 1.000 pies de distancia de la orilla: la instalación total tendrá 400 pies de longitud por 180 de ancho, y se comunicará con la tierra firme por medio de un puente de 80 pies de anchura y de varias lanchas y góndolas. En iguales condiciones será instalado el gran casino, que se compondrá de nueve pabellones aislados y uno central, unidos entre sí por medio de puentes. El propósito del comité es que esta sección sea una reproducción en pequeño de Venecia.

NUESTROS GRABADOS

En el baile de máscaras, dibujo de A. Robaudi. – ¿Necesita descripción este dibujo? En nuestro concepto no: los que han visto un baile de máscaras en un gran teatro, harto recordarán escenas análogas á las que el artista reproduce, copiando las que vió desarrollarse en el vestíbulo de la Gran Opera de París; y los que no han asistido á ninguno de estos espectáculos podrán formarse exacta idea de una de sus fases sólo con mirar esta obra de Robaudi, que denota no poco espíritu de observación, un dominio absoluto del lápiz y perfecto conocimiento de los recursos del arte.

Vista exacta de la colocación de los cuadros en el Salón del Louvre en 1785.—La Exposición en la «Royal Academy» de Londres en 1787. Copias de grabados de la época. – A muchas consideraciones se presta la contemplación de estos grabados, de los que, como de otros análogos, se han sacado provechosas enseñanzas para la historia de la pintura. Basta fijar la atención en los cuadros que adornan las paredes del Salón del Louvre en 1785 y de la *Royal Academy* en 1787 para comprender la transformación radical que las tendencias artísticas han sufrido en el transcurso de un siglo: la pintura histórica y la figura dominan casi en absoluto en ellos, al paso que en los lienzos modernos la pintura de género y los paisajes están en inmensa mayoría. ¿Cuál de estas tendencias llena mejor los fines del arte? No somos nosotros los llamados á contestar, ni esta sección es para ello la más á propósito, esa pregunta que envuelve una de las cuestiones más debatidas entre artistas y críticos.

Un día alegre, cuadro de D. Antonio Fabrés. – Un día espléndido, una hermosa pradera por entre cuya hierba asoman los pintados pétalos de mil florecillas y tres mujeres dotadas de esa belleza y gracia *sui géneris* que son privilegio exclusivo de la andaluza tierra, empuñando dos de ellas la armoniosa guitarra y la pandereta bulliciosa, y á las cuales no tardarán en juntarse los esperados compañeros, son elemento bastante para justificar el título de *Día alegre* que el Sr. Fabrés ha dado á su cuadro, obra digna del pincel que tantos primores ha realizado y en cuya alabanza nada diremos porque tendríamos que repetir una vez más los justos elogios que en tantas ocasiones hemos prodigado á nuestro distinguido colaborador.



Y no pudo menos de sonreir al ver á Jorge limpiar una silla y ofrecérsela, mientras apoyaba la mano graciosamente en el respaldo de otra (pág. 108)

HIERBA BUENA

NOVELA ORIGINAL POR BRET HARTE. – ILUSTRACIONES DE A. FORESTIER Y G. MONTBARD

(CONTINUACIÓN)

La fecha del escrito coincidía con la del documento que el corregidor Hammersley había extendido ocho años antes al recibir el depósito: esto no probaba nada en rigor; pero ¿tendría el nombre alguna significación, ó era tan sólo una singular coincidencia que acusaba más inexorablemente la fragilidad de la mujer? Pablo volvió á repasar con avidez todos aquellos informes, pero en ningún otro se citaba aquel nombre.

El joven senador dejó los papeles á un lado y cogió de nuevo la prueba de imprenta. ¿Habría hombre alguno, excepto él y Pendleton, que pudiese refutar lo que en ella se decía? Que las relaciones de Carolina Howard con el llamado Argüelles habían sido muy pasajeras y apenas conocidas, parecía cosa evidente, puesto que el coronel ignoraba el hecho; mas era preciso asegurarse de ello lo más pronto posible. Tal vez él habría adquirido algún informe de Hierba, siendo posible que ésta confiara más en una persona respetable por su edad que en un joven. Pablo guardó la prueba en su bolsillo, dirigióse hacia la puerta de la habitación contigua y abrióla.

– No será necesario que escriba usted á Slate, dijo, pues yo mismo le veré, porque debo ir á San Francisco esta noche.

– ¿Y no se ha de copiar nada de los informes?

– Por ahora no, contestó Pablo.

Y volviendo á su mesa, guardó los papeles en su cajón y cerróle con llave.

A la mañana siguiente hallábase en San Francisco, y entraba de nuevo en el hotel de la Puerta de Oro. Habíanle dicho que aquella majestuosa construcción iba á quedar eclipsada muy pronto por otro edificio que se levantaba á pocos pasos de allí, y bien fuese porque estaba poseído de esta idea ó porque hubieron cambiado mucho sus impresiones, parecióle que el hotel tan favorecido antes no conservaba ya su frescura ni su brillo. Cuando hubo dado orden para que le sirvieran el almuerzo dirigióse al salón principal, por fortuna desierto en aquella temprana hora: allí era donde había visto á Hierba por primera vez y donde sus miradas se cruzaron con instintiva simpatía, según la joven lo recordó y confesó más tarde; allí fué donde le llamó tanto la atención aquel aire de superioridad con que escuchaba las lisonjas de sus amigos.

Una hora después, Pablo se dirigía al alojamiento del coronel, esperando ver que el vetusto edificio de San Carlos había sufrido alguna notable transformación, gracias al espíritu de progreso y al afán de introducir mejoras que en todas partes se notaba; pero la antigua casa se mantenía en el mismo estado, sin el menor cambio. Tal vez el dueño, persuadido de que la reparación era ya inútil, esperaba que las paredes se derrumbasen por sí solas para levantar una casa nueva.

Pablo franqueó, y esta vez casi con temor, la desvencijada escalera, cuyos peldaños crujían bajo los pies, y al dirigirse hacia la habitación del coronel vió ya al criado Jorge en el umbral de la puerta.

El buen negro ostentaba un vistoso traje, nuevo al parecer, compuesto de levita y pantalón de paño azul, chaleco blanco y una enorme corbata del mismo color, por la cual se hubiera creído que el buen hombre padecía alguna inflamación glandular. A Pablo le pareció que sus modales eran más exagera-

dos, cual si quisiese hacerlos armonizar con su ropa, y no pudo menos de sonreirse al ver á Jorge limpiar una silla y ofrecérsela, mientras apoyaba la mano graciosamente en el respaldo de otra.

– Maese Hathaway, nos encontramos aquí, dijo el negro, porque el señor no halla ahora mejor habitación; esta es pequeña y sucia, y no estamos muy contentos en ella.

Pablo pensó que la barbería contigua y ciertas reminiscencias habían influído grandemente en el ánimo del negro para que no le agradase ya aquella vecindad.

– Es decir, Jorge, repuso, que ya no te parece necesario ni conveniente tener tan cerca la barbería.

El negro comprendió la indirecta, y mordióse los labios.

– ¡Ah, señor! Soy débil como muchos hombres, y antes serví al barbero porque era amigo; pero ya no estoy en la tienda, y le ruego que no diga nada al amo.

– Ni á él ni á nadie, replicó Pablo con una sonrisa; puedes vivir tranquilo. Lejos de ello, complá ceme mucho que estés exclusivamente al servicio del coronel, sin necesitar ningún trabajo fuera de aquí.

– ¡Oh! Gracias; y ahora me daré por satisfecho si usted me permite ofrecerle un vaso de excelente vino de Glencoe. Mi amo estará aquí pronto y se enfadará si no toma usted nada.

Así diciendo, Jorge abrió una alacena muy bien provista al parecer: era la primera señal que á los ojos de Pablo revelaba el cambio de fortuna del coronel, ó por lo menos el mejor estado de sus negocios; y en su deseo de hacer olvidar al buen criado la indirecta que antes le había humillado, invitóle á beber con él.

Jorge apuró un vaso sin hacerse de rogar, y entonces comenzó á ser más comunicativo que antes.

– El señor, dijo, ha ido á Santa Clara á ver á su pupila, una señorita muy guapa, que ha acabado su educación y tiene muchos millones. El señor corregidor vino á buscar á mi amo y los dos hablaron mucho de la señorita; creo que se trata de celebrar una fiesta.

– Bien podría ser, dijo Pablo con ademán pensativo.

Por lo que acababa de manifestarle el negro, era evidente que el coronel y el corregidor habían tenido una conferencia, de la cual Jorge pudo haber oído alguna cosa. Tal vez fuera ya tarde para llevar á cabo su meditado plan y no le quedara ninguna alternativa...

No pudo continuar sus reflexiones, pues de pronto abrióse la puerta y vió entrar á Pendleton.

El coronel vestía levita azul, abotonada hasta el pecho, que realzaba su elevada estatura y marcial continente; por la abertura de la solapa veíase una fina pechera de batista, y una flor blanca adornaba el ojal. Un pantalón de gamuza, unas botas de fino cuero y un sombrero blanco de copa alta, con una ancha gasa negra, recuerdo perpetuo de su madre, que había muerto hacía muchos años, completaban el nuevo traje del coronel. No iba á la moda, pero la apostura de Pendleton, la varonil expresión de sus facciones, su nariz aguileña y su largo y espeso bigote cano comunicábanle un carácter distinguido que habría alejado toda idea de crítica. Hasta su bastón de puño de oro tenía algo de elegancia y parecía un complemento del conjunto.

Entregando á Jorge un capote militar, que llevaba graciosamente en el brazo, y después su bastón, el coronel estrechó afectuosamente la mano de Pablo, pero siempre con su antigua expresión de superioridad.

– Me alegro ver á usted, amigo mío, dijo, y agrádame que Jorge le haya servido mejor que la última vez. Si hubiera sabido que iba á venir habría vuelto antes para que almorzáramos juntos; pero sus amigos de la casa del Rosario... creo que se llama así... en mi tiempo era propiedad del coronel Briones, quien le dió el nombre del «Cañón del Diablo;» los amigos de usted, repito, me entretuvieron con sus molestos cumplidos. En cuanto al dueño... veamos si recuerdo cómo se llama... ¡Ah! Ya caigo, es el señor Woods Si la memoria no me es infiel, en otra época acostumbraba á vender ron á los marineros en el Muelle Nuevo y recibía géneros en cambio. Pero... tal vez confundo á este Woods con el juez Backer... En fin, era uno de los dos, y no recuerdo bien cuál. Ambos quisieron que yo lo tuviera presente, por si acaso se me había olvidado.

A Pablo le llamó la atención la indiferencia y el despego con que el coronel hablaba, al parecer intencionalmente.

– ¿Ya ha cumplido usted su misión?, preguntó.

– Sí, ya se ha efectuado con el corregidor la transferencia formal de la propiedad á la señorita Argüelles.

– ¿A la señorita Argüelles?

– Sí, á doña María-Concepción de Argüelles de la Hierba Buena, hablando con precisión, repuso el coronel lentamente. Jorge, añadió, dirigiéndose á su criado, lleva este condenado sombrero á quien me le ha vendido, y dile de mi parte que quiero que me ponga una gasa negra de *caballero*, y no una cinta de criatura. Tal vez á él le agrade más ésta; pero yo no he de regir mis gustos por los suyos. Ve pronto.

– ¿Debo entender, dijo Pablo á Pendleton, apenas se hubo cerrado la puerta y estuvieron solos, que se ha conformado usted con esa historia?

El coronel se levantó, cogió la botella, llenóse una copa de ginebra, y repuso, antes de acercársela á los labios:

– Amigo Pablo, entendámonos claramente de una vez. Como caballero, me he impuesto siempre por máxima no cuestionar nunca sobre la edad, el nombre ó la familia de cualquiera señora que yo conozca. La señorita Hierba fué declarada mayor de edad ayer, y ya no es mi pupila; mas no por eso deja de tener derecho á todas mis consideraciones; y si se le antoja tomar todos los nombres del calendario, no veo razón para oponerme á ello.

Esta contestación era propia del carácter de Pendleton, y Pablo pensó que él habría dicho poco más ó menos lo mismo, porque tenía por principio la franqueza y era muy independiente en sus opiniones; pero imaginó, con cierta inquietud, que habría mediado algo para que el coronel hablase de este modo.

– ¿Quiere usted decir, replicó, fijando en su interlocutor una mirada penetrante, que no ha oído decir nada más de la señorita Hierba ni en pro ni en contra de su historia? ¿He de creer que todavía no sabe usted si esta joven se engaña á sí misma ó si la han engañado otros?

– Después de lo que acabo de manifestar á usted, señor Hathaway, dijo el coronel con cierto tono que apenas disimulaba un principio de cólera, no me quedaría más que un medio de contestar á preguntas de esa naturaleza, si se tratara de cualquiera otra persona que no fuese usted.

Esta extravagancia, relacionada con las anteriores dudas de Pendleton, causó tanta extrañeza á Pablo, que no pudo menos de sonreir.

Al observar esto el coronel, sus mejillas se enrojecieron, como si le hubieran sorprendido en alguna falta ó se le subiera la sangre á la cabeza; dejó la capa sobre el velador y cruzóse de brazos.

– Caballero Hathaway, dijo con acento vibrante y expresión altiva, hace poco me prestó usted un servicio que me impone el agradecimiento; acepté el favor porque no vi en él sino un arranque de generosidad juvenil que no podía ofenderme, y porque además se trataba de un acto de justicia propio para satisfacer las elevadas aspiraciones de una persona como usted. Acepté también, caballero, sin oponer dificultad alguna, porque yo no había pedido nada, y esto me pareció un ofrecimiento espontáneo de su joven corazón; pero si, presumiendo demasiado de esa bondad, me he permitido hablar libremente sobre otros asuntos de una manera que solamente provocan su risa, debo rogarle que me dispense. Si acepté un favor, no puedo ya renunciar á él ni devolverlo, y debo resignarme con las consecuencias y hasta rogar á usted que se conforme con ellas.

Pablo creyó notar cierta analogía entre la actitud del negro Jorge poco antes y la de su amo en aquel momento; hubiérase dicho que los dos, como por acuerdo tácito, le echaban en cara su ligereza.

– Yo soy quien debe rogar á usted que me dispense, querido coronel, dijo vivamente; y advierta que no me río de sus deducciones, sino de la singular coincidencia con una cosa que he descubierto.

– ¿Y qué es, si se puede saber?

– En el informe de un jefe de policía, fechado en 1850, he leído que Carolina Howard había sido amiga ó conocida de un hombre llamado Argüelles.

El coronel se inmutó al oir esto y miró á Pablo fijamente con expresión de sorpresa.

– ¿Y cree usted, dijo al fin, que eso sea motivo de risa, caballero?

– Tal vez no; pero tampoco pienso, si me permite decirlo así, querido coronel, que haya usted tratado este asunto muy seriamente. Cuando le visité hace dos meses, rechazaba opiniones á las que ahora no parece dar la menor importancia; y sin embargo, usted quiere hacerme creer que no ha ocurrido nada y que no le han dado más informes de los que antes tenía. Por lo que acaba de manifestarme, debo juzgar que es así, y que no conoce los hechos ahora mejor que entonces; pero me es imposible creer que no haya influído alguna cosa en su opinión respecto á lo que ya sabe.

Al decir esto, Pablo se acercó al coronel y apoyó la mano sobre su brazo.

– Ruego á usted, por amor á la persona cuyos intereses defiende tanto, añadió, que me hable con franqueza. ¿En qué sentido puede afectarlos el descubrimiento que acabo de hacer? Seguramente no estará usted preocupado hasta el punto de no considerar que eso puede ser peligroso por lo mismo que parece corroborante.

El coronel tosió, levantóse, cogió su bastón, comenzó á pasear de un lado á otro de la estancia, y dejándose caer al fin en una butaca, se retorció el bigote con mano nerviosa.

– Caballero Hathaway, dijo, seré franco con usted. De ese condenado asunto no sé nada, absolutamente nada más de lo que he dicho anteriormente. Su descubrimiento puede ser una coincidencia, y nada más; pero confesaré que en mí ha influído por mucho una encantadora criatura, la joven más sencilla y cándida que puede haber entre los seres de esta tierra; una mujer que yo me enorgullecería de reclamar como hija, y que siempre sería superior á cualquier hombre que pretendiera ser su esposo; una señorita tan perfecta por sus encantos como por su esmerada educación, y que sin duda no tiene igual en nuestro planeta. Bien sé, caballero, que usted no opina como yo; y no se me ocultan sus preocupaciones de puritano y sus ideas religiosas, y sobre todo las hipócritas doctrinas farisaicas del partido á que usted pertenece. Y entienda bien que no es mi ánimo ofenderle en lo más mínimo; pero me duele que sea usted ciego á las perfecciones de esa joven. La pobre niña lo ha entendido así; pero en su candidez y pureza, no sospecha la causa. «Hay algo singularmente antagónico, me decía anoche confidencialmente, refiriéndose á usted, en nuestras naturalezas, y diríase que entre nosotros se eleva una barrera que nos impide entendernos. No se me ocultan, añadió, las buenas cualidades y el talento del Sr. Hathaway, y por lo tanto es muy posible que la culpa sea mía.» Bien ve usted, amigo Pablo, que hace justicia á sus intenciones y reconoce sus méritos.

– Entonces, usted cree que ignora de todo punto quién es su verdadera madre, ¿no es así?

– Lo ignora como si fuese una criatura recién nacida, contestó el coronel con énfasis. La nieve de las sierras no está más pura del contacto con el cieno de los pantanos que esa joven del secreto relativo á su madre y á su pasado; y hasta la sospecha de que no se creyese así sería un agravio para esa joven. Mire usted sus ojos, serenos y límpidos como el azul del cielo; observe la expresión tranquila de sus encantadoras facciones, sus modales y su manera de conducirse; contémplela lo mismo cuando viste con sencillez que cuando se engalana, y dígame después si no parece en todo una princesa. ¡Como Dios está en los cielos, yo juraría que lo es! Y si alguno de los Argüelles vive aún, podría arrodillarse ante esa joven y darle gracias porque lleva su nombre. Si alguien se cruzara en su paso y le dirigiese una palabra que pudiera ofenderla en lo más mínimo, ¡vive Dios que le reduciría á polvo, para reunirle con el de sus antecesores, ó perdería mi nombre!

Con su marcial continente, sus ojos brillantes de entusiasmo, la cabeza erguida y empuñando el bastón, el coronel era en aquel momento una figura verdaderamente notable, digna de admiración.

Pablo pudo comprender muy bien que Hierba había ejercido realmente su influencia para producir aquella transformación en el coronel, y no se le ocultaba tampoco que los elogios prodigados por éste no tenían nada de exagerados.

– De modo, dijo, que esa coincidencia no despertará sospecha alguna respecto á la madre. ¿Debo entenderlo así?

– Puede usted estar tranquilo sobre este punto, contestó el coronel, aunque con un tono que no parecía de profunda convicción. Nadie sino usted se fijará seguramente en ese informe de la policía, y por otra parte, el conocimiento de la madre con el llamado Argüelles fué muy pasajero, pues de lo contrario, algo se habría sabido.

– ¿Y cree usted que la elección de nombre por parte de la joven ha sido puramente accidental?

– Un capricho de niña y nada más, ó más bien una inspiración.

– ¿Y no teme usted, continuó Pablo, que la declaración de alguna persona que conozca los hechos pasados, ó de algún enemigo, pueda revelar una usurpación de nombre?

– ¡Pardiez! No sería imposible; mas no creo que Hierba pueda tener enemigo alguno. De todos modos, yo me informaré, y si lo hubiese, déjelo usted de mi cuenta.

El coronel parecía tan confiado, en su arrogancia, que Pablo no halló nada que decir. Levantóse algo pálido, pero con la sonrisa en los labios, y ofrecióle su mano.

– Me parece, repuso, que por ahora no tenemos más que hablar. Cuando vea usted á la señorita Hierba, como sin duda la verá, hágame el favor de manifestarle que por mi parte no hay mala inteligencia, y que á no ser por lo que usted me ha dicho, no pensaría que pudiese haberla de parte suya.

– Ya comprenderá usted, dijo el coronel, que hay ciertos instintos y presentimientos que no se explican, pero que hemos de aceptar tales como son. De todos modos, transmitiré con gusto el mensaje á la señorita Hierba; y ahora, si no quiere usted tomar nada más... ¡adiós!

Dos semanas después Pablo encontró entre su correspondencia de la mañana una carta en cuyo sobre reconoció la letra del coronel; abrióla ansioso, y leyó rápidamente lo que sigue:

«Apreciable amigo: Como debo embarcarme para Europa mañana mismo, acompañando á la señorita Argüelles y á la señora de Woods en su viaje á Inglaterra y al continente, me apresuro á poner en su conocimiento que de mis averiguaciones no resulta nada que pueda confirmar los temores manifestados por usted en nuestra última entrevista. Las relaciones de amistad que la señorita Hierba ha tenido con españoles se limitan á varias amigas de colegio, á D. César y doña Ana Briones, personas muy apreciables, que también nos acompañan á Europa. Mi ex pupila dice que entre usted y ese caballero medió alguna diferencia sobre asunto de política hace tres meses, cuando usted visitó la casa del Rosario, y que tal vez esto le haya inducido á suponer la existencia de alguna mala voluntad. La señorita Argüelles me encarga darle en su nombre las más afectuosas expresiones, deseándole prosperidad en su carrera pública, y dice que, aun en medio de las distracciones del viaje, se interesará mucho en seguir sus progresos.

»De usted afectísimo

»*Enrique Pendleton.*»

V

El día 3 de agosto de 1863, Pablo Hathaway, después de apearse del coche ómnibus que le conducía y mientras descargaban su equipaje, fué recibido por el fastuoso conserje del Strudle Bad Hof. Mucho temía que, hallándose en un país donde tanto predominan los uniformes, se le obligara á presentarse en algún cuartel ó en las oficinas de policía para tomar informes de su persona; pero tranquilizóse al ver que el vehículo penetraba en el patio del suntuoso hotel, y que el conserje le saludaba de nuevo sin hacer ninguna advertencia, aunque con una gravedad que parecía indicar que la llegada al Bad Hof no era asunto de poca importancia.

La correspondencia de Pablo no había llegado aún, y para esperarla se dirigió al gabinete de lectura; dos huéspedes leían y escribían atentamente; otros dos conversaban en voz baja, y tres ó cuatro discutían con la mayor animación á un extremo de la sala. Pablo revisó con aire distraído dos ó tres diarios y otros tantos periódicos ilustrados, y después salió del hotel para dar una vuelta antes de comer. Había estado tres meses antes en el mismo punto, y quería comparar sus impresiones de entonces con las que experimentaba en su segunda visita al Bad Hof. A los pocos pasos encontró, con indecible satisfacción, á un oficial de ejército en cuya compañía viajara en otro tiempo, hombre muy instruído y á quien apreciaba mucho como tal. Los dos se estrecharon la mano afectuosamente, felicitándose de aquel encuentro casual, y después de pasear largo rato, hablando de diversos asuntos, encamináronse al hotel.

Poco antes de llegar, llamáronle la atención á Pablo dos ó tres niños que seguían á una extraña figura, evidentemente conocida ya de ellos, que excitaba su hilaridad. Parecía ser un lacayo negro, y vestía una curiosa librea verde con botones de plata y bordados amarillos; pero lo más singular era el aire de dignidad con que llevaba su vistoso traje. Su manera de andar, agitando la caña de bambú que empuñaba con la diestra, era muy característica y evocó en Pablo un vago recuerdo; dominado por la curiosidad, apretó el paso para mirar las facciones del lacayo; pero éste se perdió de vista entre un grupo de gente, y solamente pudo notar que tenía el cabello muy rizado, blanco ó empolvado.

El compañero de Pablo no pudo menos de sonreirse al observar la curiosidad de éste.

– Ese lacayo, dijo, pertenece sin duda á la servidumbre de alguna *Alteza* oriental; por más que le choque el tipo, aseguro á usted que aún verá cosas más raras aquí.

Después de comer, Pablo se dirigió al pequeño teatro de la localidad, pues según rezaban los vistosos carteles de color que había leído, una compañía iba á representar la *Cabaña de Tom*, y varios detalles pictóricos de aquéllos prometían algo interesante y conmovedor. El teatro estaba casi lleno de espectadores, abundando en particular los viajeros ingleses y alemanes; pero no encontró por el pronto ninguno de sus compatriotas, ni tampoco tuvo tiempo para buscarlos por el teatro, pues la función comenzó, no sólo puntualmente, sino antes de la hora indicada en los carteles, cosa bien rara por cierto. La tal compañía alemana parecía componerse más bien de cómicos de la legua que de verdaderos artistas, á juzgar por la ejecución, que fué detestable; los personajes, mal caracterizados y ridículamente vestidos, excitaban la risa y no el interés, por su grotescas figuras, y Pablo hubo de taparse más de una vez la boca con el pañuelo para no soltar la carcajada. Cansado al fin del espectáculo y sin esperarse para ver la apoteosis, salió de su palco en medio del silencio de la sala, ganó el corredor y bajó rápidamente la escalera.

Al pasar por delante de una puerta adornada con una plancha de cobre en que se leía la palabra «Dirección,» detúvose al ver que se agrupaban allí varias personas, y en el mismo instante oyó exclamaciones como de un hombre que estuviese indignado. Parecióle reconocer el acento de un compatriota y hasta una voz familiar, y no tardó en cerciorarse de que era la del mismo coronel Pendleton, á quien no había visto hacía tres años.

– Dígale usted, gritaba el coronel, dirigiéndose á un intérprete invisible, que jamás he visto caricatura tan infamante y ridícula de un pueblo libre. Dígale que yo, Enrique Pendleton, de Kentucky del Sur, antiguo propietario de esclavos, sostengo que lo que se representa es un tejido de falsedades, indigno de ponerse en escena ante un público civilizado y distinguido y sobre todo cristiano. Dígale usted que se le engaña y que estoy dispuesto á darle satisfacción de mis frases; y si necesita pruebas ¡vive Dios! adviértale que usted mismo ha sido esclavo, y pregúntele si observa en su persona el aspecto mísero y repugnante del actor que ha presentado en la escena y si aquel dueño de esclavos á quien llaman Saint Clair se parece á mí.

Al oir este violento y singular discurso, Pablo entró precipitadamente en el despacho, y allí vió, en efecto, al coronel Pendleton vestido de rigurosa etiqueta, erguido, soberbio en su indignación y con la cabeza echada hacia atrás en ademán de reto. Entre él y el asombrado director también vió á Jorge; ya no podía dudar: lo que él había tomado poco antes por una peluca rizada ó empolvada, era el pelo lanoso del negro, y éste era también quien llevaba la extraña librea que tanto le llamara la atención.

Pero su asombro creció de punto aún más cuando el viejo criado comenzó á traducir al alemán de una manera incoherente, aunque al parecer bastante persuasiva, las protestas de su señor. ¿Dónde, cuándo y por qué instinto se habría Jorge asimilado y hecho suyas las extrañas locuciones de la lengua teutónica? Pablo no podía explicárselo; pero cada vez más sorprendido, observó que aparentemente todos le entendían y mostrábanse impresionados por sus palabras.

En su preocupación, ni el coronel ni Jorge habían notado la entrada de Pablo; mas al volverse el negro hacia los que le rodeaban, haciendo una profunda cortesía, su mirada se fijó en él. Sus ojos expresaron al punto indecible satisfacción y sorpresa, y el joven pudo comprender desde luego, no solamente que le reconocía, sino que apreciaba ya la importancia de cierto elevado cargo obtenido recientemente por el amigo de su señor. Jorge llamó al punto la atención de su amo, señalándole á Pablo Hathaway, subgobernador de las Californias de Oro, y apenas le vió el coronel, precipitóse para estrecharle la mano con la mayor efusión. Entonces Pablo, interviniendo diplomáticamente, dijo al director que su compañía era sin duda admirable, pero que su apreciable amigo el coronel se habría excitado tal vez por las exageraciones de la representación dramática; y con esto dióse por terminado el incidente, cambiándose por una parte y otra las excusas y frases más cordiales.

No obstante, al salir del teatro juntos, Pablo no pudo menos de observar que, si bien el coronel se había mostrado espontáneamente afectuoso al verle, ahora parecía inquieto y reservado. Juzgó inoportuno darse por entendido, y se limitó á dirigir á Pendleton algunas preguntas generales, acabando por invitarle á cenar con él.

– En cualquier otro tiempo, dijo el coronel después de vacilar un momento, habría insistido para que usted, como extranjero, aceptara mi convite; pero desde la ausencia de... de mis demás compañeros, he dejado las habitaciones que ocupaba en Bad Hof para alojarme en otras más pequeñas con Jorge. La señora Woods y la señorita Argüelles han aceptado una invitación para pasar algunos días en la quinta del barón y de la baronesa von Schilprecht, que se halla á dos horas de aquí.

El coronel recalcó sus palabras al pronunciar aquel título, mirando fijamente á Pablo; pero éste no manifestó la menor sorpresa al oir el nuevo nombre de Hierba ni el título de las personas que la habían invitado.

– Supongo, añadió el coronel, que ya sabrá usted que mi ex pupila es muy admirada. Ha sido reconocida como la mujer más hermosa de Strudle Bad.

– Lo creo muy bien, contestó Pablo con la mayor naturalidad.

– Y ahora ocupa la posición á que tiene derecho, caballero.

– Me alegro que sea así, repuso Pablo sin fijarse al parecer en el tono de orgullo de su interlocutor; y tanto más, cuanto que los alemanes, según creo, dan mucha importancia á la posición social y á la estirpe.

– Es muy verdad, dijo el coronel con énfasis y no sin cierta expresión irónica: son muy mirados en esto; pero según se me ha dicho, el rey puede, en ciertos casos, si lo juzga oportuno, ennoblecer á una persona, y hasta atribuirle ascendientes, sí, *ascendientes.*

Pablo fijó una rápida mirada en su interlocutor.

– Sí, caballero, continuó el coronel: por ejemplo, en el caso de una señorita de rango inferior ó de humilde cuna. Al casarla con un título, el rey puede ennoblecer á los padres, aunque hayan muerto ó se ignore dónde están.

– Mucho temo, replicó Pablo, que eso sea una exageración de la rara costumbre de otorgar tierras ó dominios que llevan títulos hereditarios.

– De todos modos, es un hecho, dijo el coronel, y Jorge lo sabe muy bien, pues aprende muchas cosas de los demás criados. Le ha sido suficiente un año para hablar el idioma; mientras que yo no entiendo ni una palabra.

– Debo felicitarle por su facilidad para aprender, contestó Pablo mirando al negro.

El anciano criado sonrió con cierto aire de petulancia.

– Yo no conozco, señor, dijo, la precisión gramatical, y cometo algún idiotismo; pero me explico bien, y mi amo sabe que un príncipe me dijo que me entendía y que...

– ¡Bueno! Basta ya Jorge, interrumpió el coronel algo bruscamente aunque con acento paternal. Ahora corre al hotel de este caballero y avisa que pongan cubierto para dos, porque cenaré con mi amigo Hathaway. Mi criado dice la verdad, añadió volviéndose hacia Pablo; se ha hecho el hombre más popular de aquí y va á todas las partes donde yo no puedo presentarme Los príncipes y princesas se detienen en la calle para hablar con él, y el otro día el Gran Duque me pidió permiso para llevarle en un coche á las carreras. ¡Pardiez! Le aseguro que hacía gran papel.

– Y veo que está en carácter, observó Pablo, al menos por el traje.

– Ha sido un capricho suyo; y ¡vive Dios! tiene razón, pues aquí no se puede hacer nada sin uniforme. Según se dice por ahí, ha sabido vestirse con mucha propiedad.,

Siguióse una pausa de breves momentos, persistiendo el coronel en una reserva que parecía indicar desconfianza. Pablo no sabía á qué atribuirlo, y al fin se le ocurrió que tal vez Pendleton estaría afectado de alguna perturbación mental. La variedad de cuestiones que trató en la conversación que sostenían, la forma enérgica y repentina de exponerlas y la vaguedad que advirtió en la mirada del coronel motivaron las sospechas de Pablo. No era su intención dirigirle preguntas sobre lo que había ocurrido en los tres últimos años, sin duda porque su experiencia le decía que muy pronto habría confidencias por parte de su interlocutor. En su consecuencia habló solamente de sí mismo; manifestó al coronel que siéndole necesario el cambio de aires y descansar de sus tareas había resuelto viajar, y que por consejo de un médico alemán proponíase pasar tres ó cuatro semanas en Strudle Bad antes de volver á su país.

A pesar de la aparente indiferencia del coronel, éste miraba de vez en cuando furtivamente á Pablo, quien le preguntó al fin si pensaba volver pronto á California.

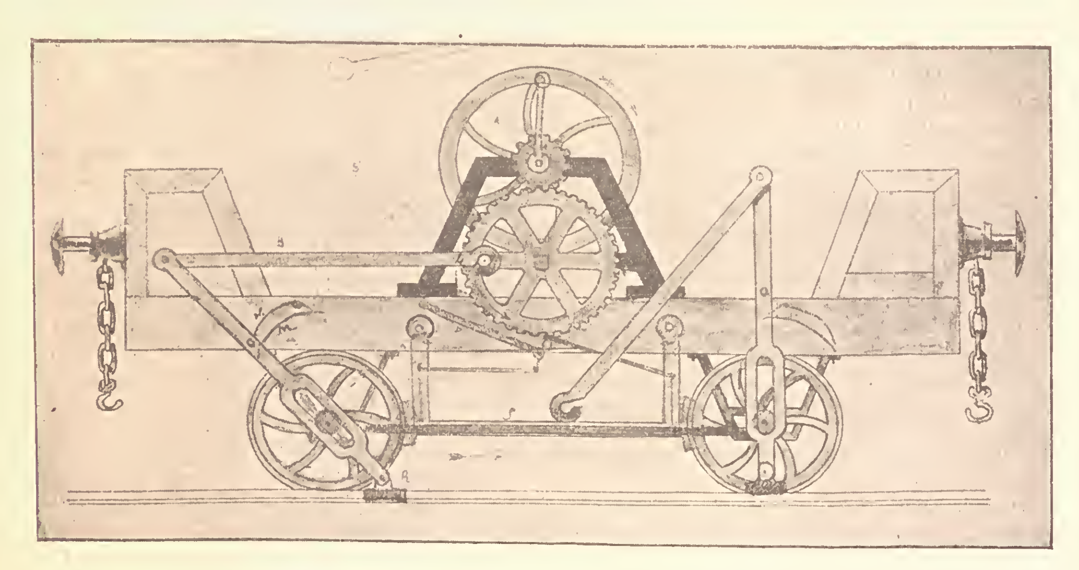
(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

NUEVO CABRESTANTE MÓVIL
SISTEMA YNCLÁN Y DOCAL

Este torno ó cabrestante sirve perfectamente para elevar ó atraer grandes pesos, estando convenientemente dispuesto, de tal manera que si un cabrestante emplean varios obreros y parejas de bueyes: para conseguir este objeto con los cabrestantes móviles, es necesario para trabajar con más facilidad y prontitud operar con dos; éstos por su poco peso, una vez levantadas las palancas que hacen de pie, son fácilmente transportados por los dos operarios que después han de manejar los manubrios.

Uno de los cabrestantes se coloca en la vía adonde se han de transportar los vagones, y el otro en la



Nuevo cabrestante móvil sistema Ynclán y Docal

se colocase fijo en el extremo de un trozo de vía férrea, y á bastante distancia en dicha vía tuviéramos un vagón con su carga y quisiéramos moverlo ó trasladarlo hasta el pie del cabrestante, bastará poner una cadena cogiendo por un extremo un gancho del vagón y colocando el otro extremo en el árbol del cabrestante, y que uno ó dos hombres giren el manubrio del aparato para conseguir el objeto deseado.

El inconveniente de colocar dichas máquinas fijas en las vías férreas, el de sustituir también el que parejas de bueyes transporten vagones lentamente y á veces con poca seguridad y acierto, fué motivo suficiente para idear el nuevo motor locomóvil de ruedas y palancas que, apoyándose en el suelo, tiene así punto fijo para hacer la tracción.

Una sencilla plataforma montada en cuatro ruedas para poder marchar por la vía y sobre aquélla varias ruedas dentadas y algunas palancas constituyen todo el aparato que tratamos de describir. (Véase el grabado.)

Dos hombres que se colocan en los estribos laterales hacen mover por medio de los manubrios colocados en el eje del volante á cuatro ruedas de engranaje, dos en cada lado, de diferente diámetro: las mayores llevan palancas unidas por pasadores á uno de sus radios, los otros dos extremos de las palancas van abisagrados á otras palancas, que son las que alternativamente se fijan en el suelo por sus extremos, los cuales llevan unas zapatas abisagradas para poder hacer mejor el punto de apoyo.

Estas palancas, que por su movimiento vienen á semejarse con las patas traseras de los bueyes y demás cuadrúpedos, hacen su empuje sobre el suelo y el eje posterior de las ruedas de la plataforma.

Puesto en marcha el aparato, al hacer el recorrido la mitad del arco de la rueda mayor de engrane, la rueda pequeña ó del volante habrá hecho dos revoluciones, la potencia habrá recorrido seis veces el diámetro del volante y la plataforma es transportada con su cabrestante sobre el riel á o'25 metros.

En este momento la palanca ó pata de apoyo se encuentra vertical y un poco levantada por medio de un sencillo aparato y en disposición de volver á fijarse nuevamente en tierra.

Para variar de marcha, esto es, para caminar en sentido contrario, se desmontan las palancas de la rueda de engrane y se enganchan las otras palancas que en la figura se ven apoyándose en el estribo y en un pasador que las mantiene en posición de no tropezar en el suelo.

El volante lleva un freno para ser detenido en su marcha y las ruedas de la plataforma el suyo correspondiente.

MANIOBRA DE VAGONES

CAMBIO DE VÍA POR MEDIO DE PLACAS GIRATORIAS

Para hacer la operación de pasar de una vía á otra uno ó más carruajes, ya descargados ó cargados, se vía en donde éstos se hallan, teniendo en medio la placa giratoria: á este cabrestante se le hace marchar hasta encontrarse con los vagones, se enganchan por medio de una cadena que queda floja para que antes de tirar el cabrestante haya tenido tiempo el volante de haber hecho algunas revoluciones; para esto los operarios subidos sobre la plataforma impelen los manubrios: es de advertir que antes han soltado las palancas que se apoyan en tierra.

Se llega á la placa giratoria, donde se para al vagón por medio del mismo cabrestante, se desengancha y se vuelve á enganchar en el otro cabrestante, el cual marchando un poco hacia atrás hace girar á la placa, colocando el vagón en la dirección de la vía á que ha de marchar; en esto el personal hace mover el cabrestante hacia adelante, llevando así al vagón al punto de su destino; en este momento el cabrestante vuelve atrás á ocupar su puesto, y el personal pasa á la primera máquina, la cual trae otro vagón á la placa giratoria, etc.

CAMBIO DE VÍA POR MEDIO DE AGUJAS

En este caso un solo cabrestante colocado, ya delante ó detrás de los vagones, según convenga y en la forma que las *locomotoras* llevan los vagones á las agujas donde son impelidos á la vía necesaria.

LLEVAR CARRUAJES AL EXTREMO DE UNA VÍA

Cuando se encuentran bastantes vagones sobre una línea y se desea retirarlos al final de la misma, el cabrestante viene á colocarse detrás del último vagón para hacer marchar á éstos por delante; si fuesen muchos los vagones para la fuerza de un cabrestante, el otro aparato puede colocarse en la vía paralela y con una cadena bastante larga se enganchan los primeros vagones, y cuando el tiro es algo oblicuo y marcha el aparato por otra vía los vagones así enganchados son conducidos por la suya á su destino, á imitación de lo que hoy hacen en este caso las parejas de bueyes al colocar un vagón próximo á otro, pues tienen que marchar fuera de la vía y tirando oblicuamente.

Cuando la velocidad en el arrastre no es de precisión, como sucede en los grandes almacenes y talleres, y con poco personal se desea transportar grandes pesos sobre rieles, es necesario recurrir al nuevo cabrestante.

Omitimos en gracia á la brevedad una porción de detalles que estamos dispuestos á facilitar á cuantos lo soliciten.

Eulogio Ynclán. – Angel Docal

Burgos, 1891.

FÍSICA SIN APARATOS

EXPERIMENTOS CON LAS POMPAS DE JABÓN

El aire contenido en una pompa de jabón está sometido á una presión que, dicho sea de paso, es proporcional á la curvatura de aquélla, es decir, inversamente proporcional á su radio cuando la pompa es esférica. Esta presión ha sido medida con frecuencia, pero su determinación exacta exige algunos aparatos y cierta habilidad. En cambio es sumamente fácil demostrar su existencia y aun hacerla visible: basta para ello producir una pompa en un pequeño embudo de ancho tubo y luego dirigir la corriente de aire que sale del orificio sobre la llama de una bujía que se inclina y aun puede llegar á extinguirse cuando la pompa, antes de replegarse por completo en el embudo, ejerce el máximo de presión. El grabado que reproducimos explica cómo se verifica el experimento.

Vamos ahora á describir otro, como el anterior debido á Mr. C. V. Boys, individuo de la Sociedad Real de Londres.

Los fenómenos de difusión de los gases al través de las membranas, rara vez son demostrados en los cursos elementales, y sin embargo su demostración puede hacerse muy fácilmente.

Echese en una campana de cristal cuya abertura esté dirigida hacia arriba algunas gotas de éter que se volatilizan llenando aquélla de un denso vapor: la existencia de éste puede desde luego ser evidenciada sólo con dejar descender en la campana una burbuja de jabón que se para y flota al llegar á cierto nivel. Luego, después de haber roto la primera burbuja se hincha otra que se sumerge en el vapor, y al retirarla, al cabo de medio minuto, se observa que ha perdido su forma graciosa y que pende lánguidamente debajo del embudo. Si entonces se acerca una bujía al cuello de éste, se ve aparecer una llama de algunos centímetros de largo que arde mientras está alimentada por la mezcla de aire y de éter de que la pompa está llena. Cuando se prepara este experimento es preciso tapar en seguida la botella de éter después de haber echado en la campana la cantidad de líquido necesaria para producir el efecto que se quiere obtener: la bujía debe estar colocada á un nivel superior al borde de la campana; pues de no tomar estas precauciones se correría riesgo de una explosión que podría constituir un peligro.

***

APLICACIÓN DE LA ELECTRICIDAD Á LA CERÁMICA

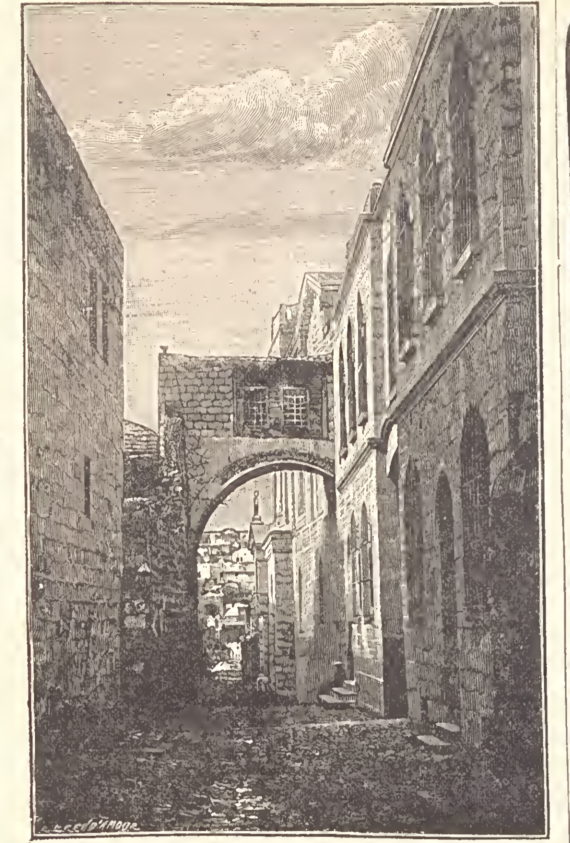
Sabido es que sólo con grandes dispendios podía la cerámica moderna obtener los tonos vivos de cobre característico de las antiguas vasijas chinas. La electricidad, sin embargo, ha descubierto, si no el secreto perdido, por lo menos un nuevo procedimiento para conseguir fácilmente y con poco coste el mismo resultado.

Para ello se pintan las vasijas antes de cocerlas y se las pone en una estufa de vapor donde se verifica la oxidación que presta á la porcelana el tono ardiente que se desea: luego se deposita sobre la ornamentación por medio de la galvanización una capa de



Experimento de una bujía apagada con una pompa de jabón

plata, después de lo cual el objeto es sometido á la temperatura necesaria para adquirir la dureza, el brillo y la intensidad resultante de la combinación de colores. El cincelador y el grabador terminan la obra, resultando así el efecto que se busca.



Arco llamado del *Ecce-homo*, ó de Pilatos, en Jerusalén (copia de una fotografía)







LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN *por autores ó editores.*

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha. - El conocido industrial de esta ciudad D. Ceferino Gorchs, fundador de los primeros tipos de letra bastarda española destinados á la imprenta, ha empezado la publicación de una nueva y lujosa edición de la imperecedera obra de Cervantes.

Constará de 60 cuadernos al precio de una peseta cada uno.

Suscríbese en el almacén de D. Ceferino Gorchs, calle de Cortes, 192, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

***

Las veladas de Medan. - Seis interesantes novelas contiene este libro, que es el tomo IX de la *Colección de libros escogidos* con tanto éxito publicada en Madrid por la España Moderna, y con decir que van firmadas por Zola, Maupassant, Huysmans, Ceard, Hennique y Alexis queda hecho el elogio de la obra, en la cual el espíritu de emulación hizo sobrepujarse á sí mismos á esos notables y renombrados escritores.

El volumen se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

***

Habitaciones para obreros, *por el Dr. D. Enrique Robledo Negrini.* - Con muy buen acuerdo ha publicado el señor Robledo la interesante Memoria leída en la sección de Ciencias exactas del Ateneo Barcelonés al inaugurar las tareas académicas de 1890 á 1891. En este trabajo se estudia con abundante y sólida doctrina y gran acopio de datos el estado actual de las habitaciones para obreros, la necesidad de reformarlas y los medios conducentes á este objeto, resultando de todo ello un folleto de interesante lectura, ya se examine desde el punto de vista de la higiene pública, bien se atienda á uno de los problemas sociales que más preocupan la atención general en los tiempos presentes.

***

Almanaque perpetuo, instantáneo y calculista mercantil de bolsillo. - D. Jorge Normán, de Málaga, ha venido á facilitar una porción de cálculos de suyo difíciles con su bien entendido Almanaque, que como tal es esencialmente práctico y alcanza hasta el año 2000, y como calculista mercantil tiene verdadero interés nacional, regional é internacional. Véndese al precio de una peseta en casa del editor Sr. Normán (Puerta del Mar, Málaga), y en Madrid y Barcelona en la librería de D. Fernando Fe (Carrera de San Jerónimo, 2) y de D. Francisco Puig (Plaza Nueva, 5) respectivamente.



FOTOGRAFÍAS SEUDO-ESPIRITISTAS

El Dr. Otero dormido y su *espíritu* indicándole el mal de que morirá. (Véase el artículo.)

***

El ahorcado, *por el conde León Tolstoy.* - Esta es la última producción del famoso novelista ruso que acaba de publicar en Madrid La España Moderna. Tratándose del autor de *La Sonata de Kreutzer* es ocioso hacer elogios de esta novela interesante en grado sumo, en la que se desenvuelve con la maestría que á Tolstoy caracteriza la trágica historia de un hombre que se ahorca por no sobrevivir á su deshonra. La edición española nada deja que desear, figurando esta obra dignamente en la *Colección de libros escogidos.* Véndese en las principales librerías al precio de tres pesetas.

***

A San Juan de la Cruz, *poesía de doña Carolina Valencia.* - La Real Academia Española premió en público certamen y ha publicado á sus expensas esta hermosa composición poética de la distinguida poetisa Sra. Valencia que, además del fallo de aquella docta corporación, tiene en su abono la inspiración, el sentimiento religioso, la elevación de ideas y los bellísimos pensamientos expresados en bien rimados y armoniosos versos.

***

El licenciado Torralba, *por D. Ramón de Campoamor.* - D. Pascual Aguilar, de Valencia, ha publicado en su *Biblioteca Selecta* este hermoso poema, en cuyo elogio nada hemos de decir porque harto conocida es la valía de esta obra que, como todas las suyas, lleva impreso el genio del autor de tantas maravillas poéticas. Véndese al precio de dos reales en las principales librerías y en Barcelona en la D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

Tratado de química biológica, *por Ad. Wurtz, traducida y adicionada por D. Vicente Peset y Cervera.* - Se ha publicado el cuaderno 10 de esta importante obra que edita en Valencia (Caballeros, 1) D. Pascual Aguilar. Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en casa del editor y en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 15 de febrero de 1892 — Núm. 529

CUATRO HOMBRES Y UN CABO, *por Apeles Mestres*





2. Durante el invierno de 1820 salen á montar una guardia, extramuros de la ciudad, cuatro milicianos y un Cabo.



3. A saber: el Cabo Rodríguez —hombre chiquito ¡pero!...

(*Continúa en la pág. III*)

DEPOSITAD EN EL BANCO VUESTRAS HORAS DESOCUPADAS

¿Habéis oído hablar jamas del «Banco de Tiempo de Australia» para depósitos no ya de dinero sino de tiempo? ¿No? Pues os vais á enterar de ello de seguida.

Un autor inglés hace una descripción de él. La idea es esta, á saber: que no empleáis todo vuestro tiempo ventajosamente, sino que desperdiciáis la mayor parte. Con frecuencia disponéis del tiempo sin que se os ofrezca la oportunidad de invertirlo con provecho. Sucede, pues, que el tiempo se os escapa, de igual modo que el agua derramada penetra la tierra y desaparece.

Suponed que os fuera posible colocar en un Banco vuestros ratos de ocio, de la misma manera que hacerse con el dinero, y que pudiéseis retirarlo por medio de libranzas á medida que lo fueseis necesitando. ¿Comprendéis bien? ¿No sería esto lo que los Americanos del Norte llaman *A big thing*, ó «una gran cosa»?

«¡Patraña! ¡Bobería!» diréis, «Es imposible. Si pudiéramos hacer tal cosa depositaríamos en el Banco el tiempo suficiente para regresar á nuestra infancia.»

Es muy verdad, así sucedería, pero, como decís, no es posible. Sin embargo. ¿No es cierto que la idea tiene su moral? Examinadla bien. Tan patente está que salta á la vista: «*Si no podéis recuperar vuestro tiempo desperdiciado, no le desperdiciéis.*»

Ahora bien. ¿No está un hombre enfermo desperdiciando su tiempo? «Ya, pero no puede remediarlo,» contestaréis, pero esta es mayor bobería que el "Banco de Tiempo." Sí, puede remediarlo, nueve veces en las diez.

Ved, por ejemplo. Hé aquí un hombre que dice lo siguiente:

«Jamás hubo en Inglaterra hombre más fuerte que yo hasta Diciembre 1884. Soy guarda de coto, y en esa época nos dió mucho que hacer una partida de cazadores furtivos. Me veía obligado á vigilar durante toda la noche, apenas me acostaba en mi cama y con frecuencia dormía con ropa húmeda. Por fin cogimos á los cazadores y los mandamos á la cárcel. Poco después de esto caí enfermo. De principio sólo me sentía cansado y triste, tenía mal paladar y cubría mi lengua y mis dientes cierta sustancia viscosa, comía poco ó nada, lo que comía me causaba mucho dolor. Me sentía como si estuviese atado, mi respiración era difícil y entrecortada, y solía esputar mucha flema. Una terrible tos seca me atormentaba, y me era imposible dormir en la noche; pues después de un sueño de diez minutos solía despertarme y los golpes de tos me duraban dos ó tres horas seguidas. Noche tras noche oía el reloj dar todas las horas.

»Cuando los malos accesos me sobrevenían, me sentía como si me ahogase y me veía precisado á elevar las almohadas sobre que me apoyaba. Toda la noche la pasaba tosiendo y esputando pus y flema, y finalmente, llegó á tanto mi endeblez que me era imposible andar, y si me aventuraba á salir á la calle mi respiración era tan fatigosa que me veía obligado á pararme para descansar á los pocos pasos.

»Por supuesto, tuve que abandonar mis ocupaciones, y por espacio de ocho meses no pude efectuar trabajo alguno. El médico me asistía todo este tiempo, y desde un principio dijo que mi caso era de mala índole. Poco después dijo á mi mujer: «Su marido está tísico y no mejorará.»

»Perdí, pues, toda esperanza y todo el mundo que me veía me creía perdido. A esa época leí en un diario de Liverpool acerca de una medicina llamada el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y se me ocurrió probarla. Mi hijo que vive en Liverpool me compró dos botellas, y antes de haber concluido la segunda mi tos había desaparecido, mi respiración se me hizo fácil y podía comer de todo. Poco después volví á mi trabajo, y desde entonces he gozado de perfecta salud.

»Cuando empecé á tomar el Jarabe me hallaba tan abatido que no creo hubiese podido resistir mucho más tiempo.

»He pasado toda mi vida en este distrito, y cuarenta años en mi residencia actual.

(Firma) »THOMAS BATEMAN,
»Marbury Locks,

»Near Whitechurch, Salop, Inglaterra.

»Marzo 23 de 1891.»

¿Qué es lo que debemos aprender de lo ocurrido al Sr. Bateman? Primeramente, que no era la tisis lo que le aquejaba. Su tos, y el esputo de pus eran síntomas de un completo desorden de los órganos digestivos, que le ocasionara el haberse expuesto á las inclemencias del tiempo, juntamente con su falta de descanso y el quebrantamiento de toda regularidad en sus habitudes diarias. Esto resultó de sus salidas en busca de los cazadores y de su imprudencia en dormir con la ropa húmeda: una indigestión y dispepsia aguda fué la consecuencia, acompañada de los padecimientos que tan acertadamente detalla. Pero ¿fué su culpa el haber contraído la enfermedad? No diremos que lo fuese, porque tal vez su ocupación le obligaba á correr tales riesgos, pero contra un caso que se presenta de esta índole hay cien en los cuales es fácil evitar el mal.

Para terminar, pues, diremos que la prevención es mejor que la cura, pero cuando es la cura lo que se busca, el remedio fidedigno es el Jarabe de la Madre Seigel. El Sr. Bateman dijo esto al señor Wilkinson, y la relación de este último saldrá impresa muy en breve.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales. Frasquito, 8 rs.

(Véase en la pág. II)

CUATRO HOMBRES Y UN CABO, *por Apeles Mestres*



4 Y los individuos López,



5 Sánchez,



6 Gómez

7 y Pérez.

(Continúa en la pág. IV)

(*Véase la pág. III*)

CUATRO HOMBRES Y UN CABO, *por Apeles Mestres*



8. Lo primero que practican al llegar al cuerpo de guardia es encender lumbre y calentarse las manos



9. y luego los piés.

(*Continuará*)

